

EL MUNDO ILUSTRADO

PERIÓDICO SEMANAL



SUSCRICION PARA ESPAÑA.
MADRID.... Un año, 120 rs.—Tres meses, 32 rs.—Un mes, 12 rs.
PROVINCIAES. — 130 rs. — 36 rs. — 14 rs.
 Un número suelto, 3 reales.
 Se suscribe en Madrid, calle de Santa Teresa, 8,
 y en casa de los corresponsales del Establecimiento tipográfico de
 D. Francisco de P. Mellado.

4^{er} Año. N^o 10. — Abril 12 de 1860.

Todas las comunicaciones relativas á los dibujos y á la redaccion se remitirán al Director del MONDE ILLUSTRÉ, calle de Bréda, 15, y las reclamaciones de los suscritores de España y América, á los Sres. A. Laplace y C^a, calle de St. André des Arts, 47.

SUSCRICION PARA AMÉRICA.
ATLANTICO. Un año, 50 fr. (10 ps.).—Seis meses, 27 fr. 50 c. (5 p. 50).
PACIFICO. .. — 55 • (11 ps.). — 30 fr. (6 p. •)
 Se suscribe en Paris, calle St. André des Arts, 47.
PARA LA EUROPA, Á ESCEPCION DE LA ESPAÑA.
 Un año, 32 fr.—Un número suelto 1 fr.
 Se suscribe calle de Bréda, 15, y en el boulevard de los Italianos 15.



Visita del gran-duque Maximiliano de Austria y de la princesa Carlota de Bélgica á Tetuan. Salida de la Iglesia.
 (Cróquis de nuestro corresponsal el señor Yriarte.)

Ayuntamiento de Madrid

CRONICA DE PARIS.

~~~~~ En la semana pasada ha muerto un hombre poco conocido del vulgo, — pero mucho en los círculos de artistas y de aficionados, — un hombre cuya vida se halló enteramente dominada por una viva pasión: la *curiosidad*...

Espliquémonos. No se trata aquí del deseo, de la necesidad de saber, de conocer... pasión por la cual se hallaba devorada, según su propio testimonio, M<sup>me</sup> de Sévigné, — que fué también la de Pascal, — pasión en fin que Molière declara nacer de los celos, y que Fénelon censura cuando ella raya en temerario exceso. No! Trátase de esa otra *curiosidad* de la cual dijo La Bruyère:

« La curiosidad no es un gusto de lo bueno ú de lo bello, sino de lo raro. »

Finalmente, la curiosidad que se coloca en un gabinete, en el comercio, una de las manías de nuestra época: la rebusca de los objetos de arte sobre todo, pues nuestro gusto ha hecho progresos desde La Bruyère, y lo *bueno* y lo *bello* se buscan hoy más que lo *raro*, excepto entre bibliófilos. En este sentido laudable, que le ha valido una celebridad en los talleres, los museos y los gabinetes, era Monsieur Charles Sauvageot un *curioso*.

A fines del siglo pasado, allá por los años de 1792, obtuvo el primer premio de violin en el Conservatorio. En uno de los vaudevilles de Fulgencio (no Girard!) ruega un personaje y trata de catequizar á otro para que no falte aquella noche á su tertulia, alegando que tendrían el gusto de oír al *niño Sauvageot*. Este era ya nuestro hombre! Entró como segundo violin en la Ópera, donde permaneció treinta años. Después de lo cual, muy conocido ya por su ardor y sus conocimientos en materia de arte y de curiosidad, fué nombrado inspector de aduanas, con el particular encargo de examinar los objetos ó artículos especiales importados del extranjero.

Concluido su tiempo, y después de obtener su jubilación en la aduana, lo mismo que la había obtenido en la Ópera, Sauvageot se consagró enteramente á sus gustos, que sería injusto por cierto el calificar aquí con el nombre de manía. Pero debemos decir que la afición á las cosas de arte, bellas, raras, esquisitas, era por decirlo así innata en él, pues siendo todavía alumno del Conservatorio, economizaba ya sobre sus gastos extraordinarios y aun sobre sus alimentos, para comprar algunos objetos que han permanecido después, durante tres cuartos de siglo, á su vista! Tuvo la buena suerte de comenzar á formar sus colecciones en una época en que todo lo que hoy se disputa á peso de oro (en el sentido recto y riguroso de la palabra, y aun tratándose de ciertos objetos, podría decirse á peso de diamante!) en una época, repetimos, en que todas esas preciosidades que hoy son reputadas de tan alto mérito, eran completamente desdeñadas y se hallaban cubiertas de polvo en los rincones y desvanes de las casas, sin darlas nadie apenas valor alguno. Así es cómo compraba, en 1810, por un duro, fuentes auténticas de Bernardo de Palissy que los aficionados se disputan hoy por mas de doscientos duros... llegando él á reunir hasta ciento cincuenta! Así que, en 1814, creyó haber pagado demasiado caras, por doce duros, las mas bellas piezas de loza de Enrique II, que se cuentan hoy en manos de los mas opulentos coleccionistas, en los mas mejores museos, y que se hallan adicionadas en el reducido número de *cuarenta y cinco*. Doce duros! Sir Anthony de Rothschild, de Londres, ha pagado por un *candelabro* 1,000 duros en 1849, — dos *saleros* de la colección Rattier fueron vendidos el año pasado, uno en 2,000 duros, — el otro en 1,260, porque estaba *roto en 6 pedazos*... y por último, el baron Sellières pagó 3,360 duros por una copa inferior á la de la colección de Sauvageot que

lleva las armas de Francia y por la cual se desolaba éste haber pagado el precio actual de una platea para ir á ver la *Sensitiva*!

Estaba cierto día Sauvageot inventariando con la punta de su baston el aparador de un calderero, cuando vió en él una especie de objeto de metal, mugriento y lodiento, que él compró al peso, como si se hubiera tratado de una cazuela vieja. Era un jarro con su aguamanil. Los introdujo en aceite, y por espacio de dos años consecutivos, todas las noches al volver de su orquesta de la Ópera, pasaba dos horas, armado de una aguja colocada en un mango, en arrancar el horrendo betun que cubria los detalles de aquellas piezas. Terminada por fin esta obra de extrema paciencia, obtuvo un objeto tan bello y tan raro, que fué destinado á figurar á la cabeza de su colección, quedando al fin completamente justificada, aun en sentir de los mas ríjidos, la opinión que no tardó en atribuir esta obra al cincel de Benvenuto Cellini! — Habiendo barruntado por casualidad la existencia de un viejo rollo de papeles que fué hallado en el granero de las Casas consistoriales de Nancy, lo adquirió por *dos pesetas*. Ahora bien, este rollo contenía catorce magníficos retratos de altos personajes de los reinados de Enrique IV y de Luis XIII, dibujados por Daniel de Moustier, piezas que se pagan hoy á 100 duros sin regatear, cuando por casualidad y por fortuna se las encuentra.

En la célebre venta de M. de Bruges, verificada hace algunos años, Sauvageot no perdía de vista la famosa F llamada de Francisco I, esculpida en madera, obra microscópica y maravillosa de un artista desconocido, y que él deseaba adquirir con tanta mas razón, cuanto que poseía ya la M. de Margarita de Valois, y esperaba tener el gran placer de ver en su poder reunidas las dos letras, esculpidas sin duda para el hermano y la hermana. Pero M. Hope se hallaba presente, y M. Hope era un competidor temible! El millonario hizo subir la famosa letra de boj á una altura de precio á la cual no podía alcanzar Sauvageot... Cayó enfermo de pesar! « Ah! ya llegará á mis manos! — exclamó, siendo á la sazón mas que octogenario! — Vendrá á mí cuando ese millonario muera!... »

Efectivamente muerto M. Hope algun tiempo después, Sauvageot logró la F con tanto ardor suspirada; pero á tal precio, que durante una larga temporada, para reparar el daño, se vió reducido á las mas duras privaciones.

Cosa natural, pues Sauvageot no era rico, ni con mucho. Según cálculo de sus amigos, agregando al corto patrimonio que le legara su hermano sus dos pensiones de la aduana y de la Ópera, contaba cuando mas 24 á 28,000 reales de renta... y con tan escasos medios logró reunir una colección por la cual le ofreció la Inglaterra, hace cinco años, unos 110,000 duros!

Sabia Sauvageot con cuántos afanes había tenido que suplir las sumas necesarias para reunir su colección, y resistíasele el pensamiento de que ésta pudiese nunca ser dispersada. Así es que desde muy atrás concibió el proyecto de legarla al Estado. Sintiendo adelantarse su vejez y herido de una enfermedad incurable, anticipó su proyecto y la cesión fué dignamente acogida. Se le ofreció el destino de conservador efectivo de su propio museo; pero se contentó con el título de conservador *honorario*, á fin de que, no recibiendo sueldo alguno, nadie pudiese acusarle de haber traficado con sus propios tesoros. El emperador le agració con una condecoración y le hizo presente de un cuadro comprado en la grande esposición y que representaba el gabinete del anticuario.

Sauvageot, que últimamente habitaba en el Louvre, cerca de las salas destinadas á estas colecciones, ocupó largo tiempo una estancia muy modesta del *faubourg Poisson-*

*nière*. Allí era donde reunía todos sus tesoros. Jamás quiso firmar ningun arriendo « por temor, según decía, de no poder marcharse cuando se le antojara. » Vivió en dicha casa treinta y cinco años! Su anciana criada, que no comprendía su afán de colector, con el que atestaba la casa de lozas de Henrique II y de Bernardo de Palissy, decía á los amigos del anticuario « mi amo tiene cosas raras... compra sin cesar vagalla... y nunca come en casa! »

Padecía Sauvageot, en los últimos veinte años, una enfermedad de la vejiga que se transformó poco á poco en afección calculosa. Forzoso le fué proceder á la trituration de la piedra y repetírsela de dos en dos meses, á causa de la formación continua del cálculo. En los últimos días los accidentes se multiplicaron; y toda la ciencia, toda la habilidad de su cirujano que tan felizmente había conseguido dilatar su ya larga existencia, palpó la impotencia quirúrgica ante complicaciones bien previstas. Sauvageot, operado recientemente y por última vez, sucumbió á una crisis irremediable en un anciano cuyo sistema nervioso estaba dotado de una impresionabilidad excesiva. Ignorábase su edad exacta. El anticuario respondía recientemente á sus amigos: « Contad desde ochenta en adelante! » Hoy es cosa averiguada que nació en 1781.

Sauvageot, por una coincidencia singular, falleció en el mismo sitio en que pasó muchos años de su juventud. Patrocinado, recogido por el pintor Lethière (autor de *Los hijos de Bruto*), habitó cerca de su protector en el Louvre. — La colección de Sauvageot, según voz pública, tendrá una sala especial y llevará su nombre. — Legó además en su testamento cierta especialidad curiosa de su museo, que no podía figurar en el Louvre, á su amigo Dantan, el joven, que también es un ardiente y afortunado colector.

~~~~~ M. Philippe Taglioni, padre de la célebre bailarina, es hoy un anciano de 83 años. Fué primer bailarín y maestro coreográfico en Stockholm en tiempo de *Gustavo III* que le profesaba grande afecto y, por una coincidencia rara y fatal, fué quien, á la sazón director coreográfico de la Grande Ópera de París, concibió y puso en escena el famoso baile de *Gustavo* que figura en el quinto acto de esta ópera de los señores Scribe y Auber.

Retirado en París en compañía de la que fue á la vez una artista eminente y una dama principal (es condesa por su enlace, habiendo además casado á su hija con un príncipe ruso), M. Philippe Taglioni había perdido la vista hacia algunos años. Temían recurrir á una operación, que en una edad tan proveya presentaba graves dificultades y acaso no menos peligro. Sin embargo, decidióse al fin la familia y confió el célebre paciente á las esperas manos del doctor Magne, quien le hizo la operación de la catarata en quince segundos por un método llamado de *reclinación*. Tres días después, se levantó el apósito y el octogenario pudo reconocer á su ilustre hija á quien no había visto durante muchos años. Esta acertada y feliz operación se verificó en presencia de los señores Arnal y Boulu, médicos de cámara por turno en Tullerías, y de otros hombres distinguidos en la práctica. Así pues, M. Philippe Taglioni, á quien debe el arte coreográfico — su hija, en primer lugar! — y después mil concepciones lindas y brillantes — entre las que basta mencionar *La Bayadere*, *La Insurrección del Serrallo*, y la siempre joven *Silfide*, la creación mas admirable, la encarnación de la *innarrivable ballerine*, — M. Philippe Taglioni, repetimos, gracias á tan feliz operación, podrá el próximo otoño con sus consejos, con su preciosa experiencia, prestar cooperación á la señora María Taglioni en la obra que prepara para la señorita Emma Livry, esa tierna y ya tan brillante bailarina á

quien la ilustre dama puede apellidar su discípula coreográfica.

~~~~~ Nos escriben de provincia :

Habéis hecho conocer al público el caso de algunas gentes que se enlazan, á pesar de su recíproca antipatía, por utilizar un gasto de unos diez duros imprudentemente empleados en el hatillo nupcial: anotais los hechos que pueden pintar las costumbres de provincia y del campo como estudiáis en su fuente esa *caja de Pandora*, llamada Paris! He aquí pues una anécdota que por su naturaleza os parecerá digna acaso de figurar en vuestra colección. Leed y juzgad: estamos en el campo.

« Clementina P... llamada *Grichette*, de veinte abriles, pavera en una reducida localidad del departamento de Seine-et-Marne, recibía, desde algun tiempo los obsequios de un pastor de su país, á quien la niña creía amar con toda su alma y que era poseedor de ocho pesos, fruto de sus economías. Creyó que con este tesoro (hablo del metal, no del muchacho) nada arriesgaba en someterse á la coyunda matrimonial, y por consiguiente la Filis aceptó y devolvió promesa por promesa á su Nemoroso, cuando una fiebre verdaderamente *perniciosa* vino á arrebatársela el ídolo de su corazón.

» Las espresiones de la lengua humana son impotentes á trasladar la primera desesperación de Filis... de Clementina, quise decir! Hablaba nada menos que de arrojarle en la fosa con el difunto y de hacerse enterrar viva como una vestal... verdadera tal vez!

» Llega el día del entierro. Preséntase anegada en lágrimas. Pero al través de las perlas que se desprendían de sus ojos, columbra por vez primera al hermano del futuro-pasado ó mas que pasado, y sabe que es poseedor de diez y seis duros de ahorros!

» Qué es lo que repentinamente pasó en el alma, en el pensamiento, en el cálculo de Clementina? Dígalo quien lo sepa. Vengamos al hecho! Se acerca al heredero, al capitalista, rodeale de sus seducciones mas bucólicas y por lo visto las mas irresistibles; tanto que al volver del entierro se fueron de bracet como dos tiernos amantes en derecho al alcalde y al notario en demanda de matrimonio á toda posta. Inútiles son cuantas reflexiones les hacen estos honrados funcionarios relativas al peligro de tal precipitación... Quince días despues estaban unidos por siempre — y por diez y seis duros! »

La misma carta contiene este otro caso mas extraordinario todavía. La carta lleva al pie el nombre de un digno funcionario de cuya veracidad, por extraña que parezca en su relato, no tenemos la menor duda. Lo que sigue prueba mas y mas cuán necesario es hacer, — por servirme de una espresión estereotipada — que penetren las luces en los distritos rurales:

El párroco de S... (también en Seine-et-Marne) ve entraren la iglesia mientras explica el Catecismo, á un aldeano con un cesto: preguntaba el payo con premura por el sacerdote.

« — Qué se ofrece, amigo mio?

» — Ah! señor cura, aquí tengo un niño de ocho días que está bien malo.

» — Ha recibido el bautismo?

» — Oh no! y por eso mismo vengo.

» — En dónde está?

» — Ahí dentro, señor cura.

Y el payo abre la cesta, de donde saca á la pobre criatura envuelta en unos tristes pañales! El cura, lleno de sorpresa, enternecido, se apresura á conferirle el sacramento: hecho lo cual, el aldeano dice:

» — Ahora, señor cura, como que tengo que ocuparme por ahí, como no sé que hacer del muñeco y veotambién que mañana meserá preciso volver de allá para enterrarle, voy en seguida á llevarle al sepulturero... para que cuando note que está muerto le entierre él solo! »

El párroco tuvo que hacer mil esfuerzos para llegar á persuadir al aldeano que tal resolución era una iniquidad.

~~~~~ La novela y el teatro nos presentan, de algunos años á esta parte, el triste espectáculo de una juventud precozmente ávida y atisgada de apetitos materiales, sin poesía, sin ilusión, mofándose de los sentimientos, apegada á lo positivo, perdida antes de madurar. Estas observaciones se fijan con especialidad en las clases media ó elevada, que la literatura elije como tipo de sus estudios, sus cuadros y sus dramas.

Pero si se desciende en la escala social, en vez de los salones tendremos los cafés, esos inmensos cafés que la especulación agrupa, malamente, á juicio nuestro, en los barrios populosos, y aun populares en Paris, donde por la noche se hacinan á centenares los artesanos, las personas un tanto acomodadas, los obreros, todos aquellos en fin á quienes los goces de la familia ó la economía no atraen ó conservan en el hogar doméstico. Si impulsado por la curiosidad, por un espíritu observador, penetrais en esos inmensos lugares de consumo, de seguro esperais no hallar mas que hombres, y acá y allá algunas mujeres que no han sido traídas de su retiro, sino encontradas sin grande esfuerzo. Pues fijad mas vuestra atención: allí veréis también al rededor de las mesas muchachos, niños que no han llegado á esa edad que la ley llama de discernimiento, niños que beben café, aguardiente, licor, — y con qué dinero? Sábelo Dios! Pero hay mas todavía, y no por permanecer ocultos estos hechos son quizás menos escandalosos que el que vamos á consignar aquí con sentimiento, con repugnancia.

Habéis visto cien y cien veces, esos muchachos de diez á quince años, mas jóvenes tal vez, que vagan por las calles con el cigarro y aun con la pipa en la boca, haciendo de ello un vano alarde, tanto mas deplorable cuanto que revela el deseo de llamar la atención de los transeúntes con estas proezas! Esta inclinación precóz, que los fumadores adultos mas acérrimos no podrán menos de lamentar en la edad del chupador, no se ha desarrollado, segun parece, con menos tenacidad que en Paris en provincia: en prueba de ello vemos al alcalde de Douai obligado á publicar un bando por el que escita á los padres y maestros de escuela á que vigilen á esos malhadados niños que se entregan á lo que el redactor llama un vicio precóz. He aquí el principal considerando de la orden:

« Fuera de la repugnancia que inspira á los » espectadores, el hábito del tabaco engendra » en los niños el de la bebida, su inseparable » compañera, y destruye su salud á la vez que » su moralidad. »

Aprobamos altamente las espresiones y los actos de este celoso funcionario: somos de los que deseamos ver que la autoridad aplica el digno correctivo á esta nauseabunda manía tan generalizada entre los muchachos de Paris.

~~~~~ Hace algunos años, teniendo que describir M. Léon Gozlan para una de sus novelas, ciertos lugares de las cercanías de Paris, fué á instalarse durante algunos días en un pueblo cuya mejor posada era abominable. Vagando todo el día por ver el país del cual supo despues hacer una descripción tan bella, que se diría ser mas bien una vista literaria. M. Gozlan trabajaba algunas veces hasta muy entrada la noche para fijar sus impresiones diurnas. Estas inocentes ocupaciones habian motivado sin embargo las observaciones de los notables del lugar, quienes se habian sorprendido, casi escandalizado, de que el escritor pedía cada noche dos velas. Estas dos velas, denunciadas al brigadier de gendarmería, no hicieron ver sino mas espesas tinieblas en la conducta del misterioso extranjero, quien no sospechaba siquiera el objeto de tantas indagaciones y de tantas sospechas.

Ahora bien, una noche que M. Léon Gozlan acababa de trazar una de esas ingeniosas y vivas páginas que han contribuido á su cele-

bridad, llaman vigorosamente á su puerta. La frase queda en suspenso en la punta de la pluma... va á abrir, y ve al alcalde y al guarda-bosque penetrar en su aposento. Estos dignos funcionarios, al volver de una escursión nocturna, habian visto brillar, pasada medianoche, la ventana sospechosa, y queriendo descubrir por fin el secreto de tal estravagancia, venian á exigir del escritor las mas categóricas esplicaciones acerca de tantas velas á semejante hora!

M. Gozlan, con la conciencia serena y las miradas seguras, mostró su trabajo, *el Médico del Pecq...* ó *el Notario de Chantilly*, no sabemos cuál de los dos. El guarda-bosque, bastante fuerte á lo mas para deletrear una filiación, se quedó perplejo delante de las numerosas páginas de *original* en las cuales trazaba el novelista sus descripciones. El alcalde, antiguo portero de M. Viennet, y que comprendía un poco mas, intervino y aclaró la situación, diciendo que, para esto, no tenia necesidad de tantas velas. Mas obediente que convencido, el guarda-bosque se marchaba ya de muy mal humor, cuando advirtió sobre la mesa un objeto, le tomó y le blandió con mas alegría de la que experimentó Jason al apoderarse del famoso vellocino de la Cólquida. El objeto blandido era un pequeño puñal italiano, cuyo mango de aragonita blanca y la hoja con embutidos de oro constituían un hermoso é inocente objeto de curiosidad. Inocente, pues la hoja no tenia ni punta ni filo, y M. Gozlan se servía de él, hacía muchos años, á guisa de plegadera, lo que él esplicó á las cejas estremadamente fruncidas del celoso guardian de la ley.

Pero pesaban en el corazón de la autoridad campesina las dos velas y el delito, desvanecido éste por la experiencia literaria del señor alcalde tranquilizado. Vejado de su fiasco, nuestro hombre afirmó que encontraba al inocente, que lo era con respecto á las velas, muy culpable bajo el punto de vista de las armas prohibidas, y el puñal... contra el papel fué embargado, estendido un proceso verbal, y el asunto reservado á los tribunales competentes. M. Gozlan vió la inutilidad de sus esplicaciones, dejó hacer lo que quisieran, y al día siguiente volvía á Paris.

Pasan meses y años. M. Gozlan olvida puñal, pueblo y velas. Llega la época de las elecciones, quiere votar. Encaminase á la alcaldía para pedir su boletín de elector. Se le rehusa... por qué?

Abreviemos. M. Gozlan habia sido condenado en rebeldía á no sé que pena ó multa, por un feroz tribunal de las afueras, animado á la sazón escesivamente, por las circunstancias políticas, contra los *depósitos de armas*: el delito se hallaba calificado de este modo. Solamente que, la condena que no habia sido significada nunca, detenida sin duda en su aplicación por alguna mano prudente, habia ido á inscribirse *burocráticamente* en los registros municipales, y M. Léon Gozlan perdía sus derechos de ciudadano!

Creemos que ha habido amnistía despues, y no dudamos que M. Léon Gozlan pueda votar en las próximas elecciones.

~~~~~ Una extranjera de distinción fué admitida dias pasados, ó noches pasadas, mas bien, en el observatorio astronómico de Paris, con el objeto de ver, á eso de las diez, el nuevo planeta descubierto recientemente por el doctor Lescarbault. El director del establecimiento, M. Leverrier, fué quien la hizo los honores de la plata-forma, demostrando á la señora el uso de sus telescopios del mas fuerte calibre. Diríjenlos hácia el astro, que apenas se distingue, cuando hé aquí que la señora esclama muy formal:

« — Pero Sr. L..., paréceme que sus telescopios alcanzan mas lejos... si fueran rayados! »

Esta exclamación se ha repetido y celebrado bastante estos dias, — y muchas jentes se preguntan, si eso es un chiste ó una... inocentada.

JULES LECOMTE.

EL MONTE SINAI, — EL MONTE MOREB, — EL
CONVENTO DE SANTA CATALINA.

Jehovah de la terre a consacré les cimes.

Este verso es de Lamartine, según creemos, y lo citamos sin cotejarlo con el texto, pues canta él solo en su armoniosa precisión, la historia de todas las altas montañas de la tierra. Escepto el monte blanco, cuyas neveras revelan solamente a los naturalistas la edad de las conmociones alpinas, todos los picos ó cimas célebres han servido de teatro á alguna manifestación brillante de la divinidad, ó á las ficciones de las teogonías paganas. De acuerdo en esto con algunos etnógrafos modernos, los Indios consideran al Himalaya como el punto central del globo, el pedestal del cielo, la cuna de la humanidad y el germen persistente del huevo de oro abierto en el Océano bajo el ala fecunda de Brahma. Los Griegos establecieron en el Olimpo el trono y la corte de Júpiter; Pelion y Ossa son las ruinas gigantescas de las primitivas edades



Monte Horeb y convento de Santa Catalina, conforme á un diseño traído por M. de Coubertin.



Capilla griega sita en la cima del Sinai, según un diseño traído por M. de Coubertin.

del mundo, y en las apacibles cúspides del Parnaso y del Pindo tenían su sólo las Musas eternas, destinadas á consolar al hombre en su destierro.

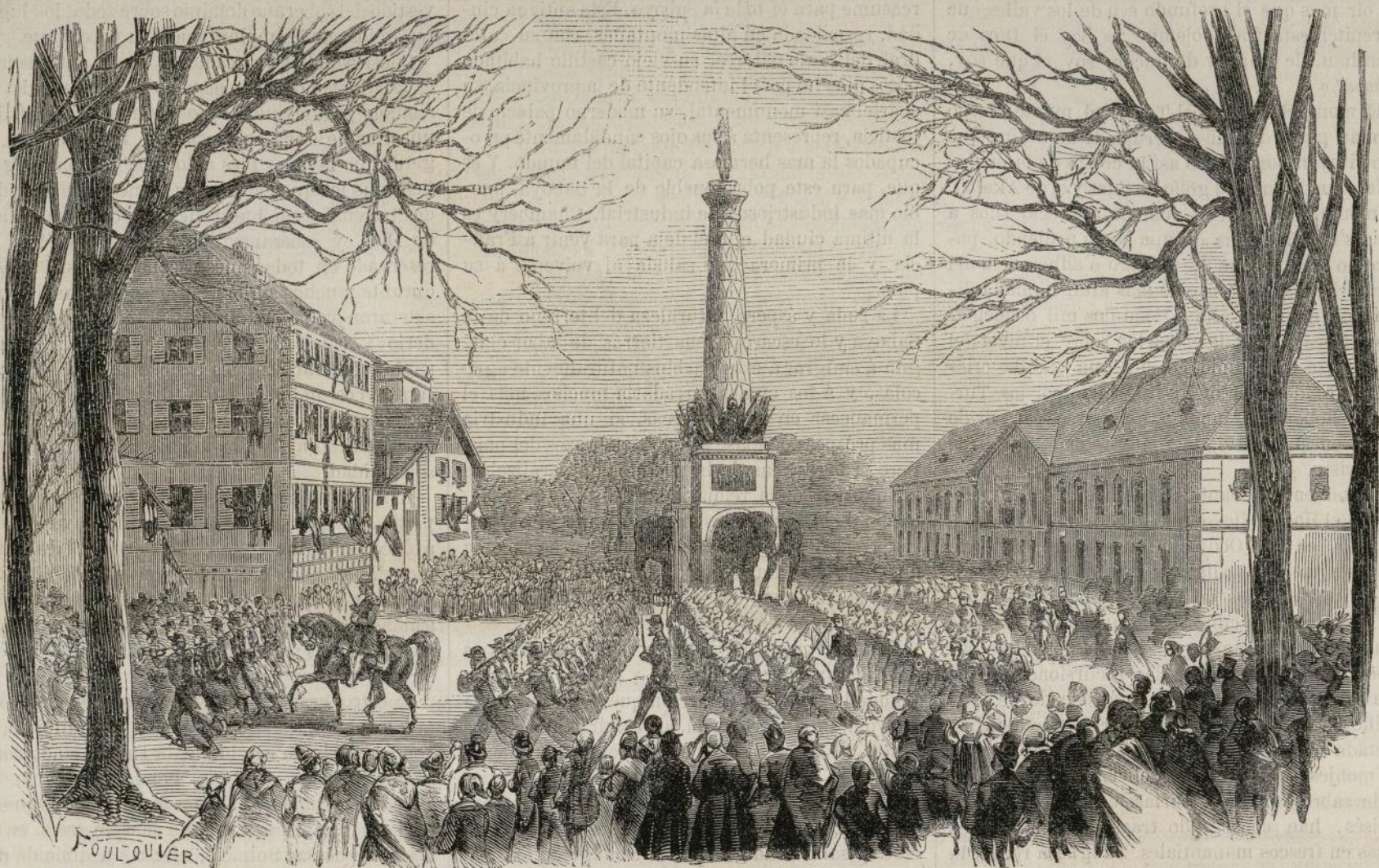
Pero el Sinai, por el inconcuso derecho de la verdad y el de una tradición viva aún, es el único que encierra en sí mismo el testimonio de una revelación religiosa auténtica. Los demás sólo han sido torpes imitadores, simples copistas.

El Himalaya y el Olimpo han recobrado hoy sus papeles de simples montañas y sirven como de mirador á los turistas y á los sabios bastante hastiados ó bastante entusiastas para trepar á ellas. Sólo los poetas se hallan en pie sobre el Parnaso. A los peregrinos que visitan el Sinai les parece encontrar todavía allí el luminoso rostro de Moisés y la Majestad del Altísimo.

En todos cuantos relatos hemos leído, las impresiones de viaje quedan eclipsadas ante el inmenso interés que inspira la emoción religiosa. A despecho de la exégesis filosófica que interpreta los milagros según las leyes de física, todo hombre bautizado que pone la planta en la calcinada roca del sacrosanto monte, abandona su



Vista general de Chambéry, conforme á una estampa sacada de la colección de M. Wild.



Entrada de las primeras tropas francesas en Chambéry. — Desfile por delante de la fuente de los Elefantes.



Ceremonias del Jueves Santo, el laboratorio de piés en San Sulpicio.

filosofía con sus bagajes en un mismo lugar, para no oír mas que el profundo eco de los valles que le repiten esta frase solemne: « Soy el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, soy el que soy, Jehová! »

El monte Sinaí (Djebel-Tor) y el monte Horeb forman parte del mismo grupo de montañas que constituyen por decirlo así la cresta de la península, situada entre el golfo de Suez y el de Akalba. El monte Horeb, en el cual se apareció Dios á Moisés bajo la forma de una zarza ardiendo, parece no ser mas que un vástago ú adherencia del pico principal. La cúspide mas alta, llamada Sinaí ó de Santa Catalina, tiene dos mil ochocientos catorce metros de elevación sobre el nivel del mar. Háse construido en ella una capilla cristiana al lado de la mezquita erijida por los Turcos en honor de Mahoma, que parece ser por lo común, en el Oriente, la sombra de Moisés ó de Jesucristo.

El convento de Santa Catalina, sito en un valle al pié del Horeb, dícese que fué edificado por Justiniano, en 527. Ocupanle unos monjes del rito griego, quienes prodigan á los viajeros todos los cuidados y auxilios de la hospitalidad cristiana, sin distinción de culto ni de nacionalidad. Este convento sin puertas, que se halla defendido por espesas murallas contra las incursiones de los Arabes y de los Beduinos, está rodeado de magníficos jardines formados de tierra vegetal transportada de muy lejos, y en los cuales han logrado los monjes crear un Oásis delicioso de flores raras y de sabrosos frutos. Diríase que, á ejemplo de Moisés, han conseguido transformar las áridas rocas en frescos manantiales. Su iglesia recuerda los mas bellos monumentos del estilo bizantino, y se la ha enriquecido aun con preciosos mármoles y fragmentos de mosaico, procedentes del templo de Santa Sofía, de Constantinopla.

Siendo fácil hacer hoy el viaje del Cairo al Sinaí, no corre mas riesgo el emprenderle que el ir desde Jaffa á Jerusalem. Como en todas partes, tambien allí los Ingleses llenan con sus nombres el libro de los viajeros que conserva el convento de Santa Catalina. Los Franceses son apenas conocidos de reputación por las tribus que frecuentan la llanura de Raphidius, en la cual venció Josué á Amalek. Alejandro Dumas nos ha descrito de tal manera su viaje al Sinaí, que convence realmente al lector de que ha estado allí.

Si el becerro de oro que adoraron los Hebreos no hubiera sido pulverizado por el rayo, cuántas jentes no irían hoy á escavar la arena para buscar sus fragmentos!

Si la cúspide del Sinaí perdió ya su corona de nubes armoniosas, si su trueno formidable ha enmudecido, dirémos por eso que Dios desdeña hoy hacerse oír de los hombres? No. En aquellos tiempos, hablaba á los sentidos y al terror de un pueblo naciente! formaba la primera educación de la humanidad. La ley de gracia ha venido despues á destruir el código del temor. Dios habla al corazón del hombre ilustrado por las catástrofes de la historia y por el lamentable recuerdo de su antigua degradación; la razón humana, en grandecida y fortificada, ha aprendido ya á leer el texto de la ley, sin que haya necesidad de escribirla con caracteres de fuego en tablas de bronce.

ALF. FONTAINE.

CHAMBERY.

Pregúntese á cualquiera de los muchachos saboyanos que con su monótono grito implora que le llamen á limpiar las chimeneas, pregúntese á esta *golonarina de invierno*, como se le ha bautizado en un lenguaje tan pintoresco, de qué país viene, y responderá inevitablemente y con parti-

cular acento que llega de Chambery. Chambery reasume para él toda la Saboya. Esta antigua ciudad, respaldada en altas montañas, con su catedral del siglo catorce, su viejo castillo habitado pocos días há por el intendente de la provincia, su cuartel casi monumental, su moderno palacio de justicia, representa á sus ojos cándidamente preocupados la mas hermosa capital del mundo. Y es que, para este pobre pueblo de la Saboya, pueblo mas industrial que industrial, Chambery es la última ciudad que él deja para venir á Francia, y la primera que saluda al volverse á su país.

La ruda y áspera naturaleza del terreno de la Saboya y lo escaso de sus tierras de labor obligan á emigrar á esos pueblos naturalmente agrícolas, y á los cuales agradaría muchos mas el permanecer en sus comarcas, si una industria mas próspera ocupase á todos los brazos del país. Pero si las trabas de la prohibición paralizaban la industria de la relojería en Cluses, y la explotación de los pizarrales en la Tarantesa, la Moriana, el Faucigny y el Cevins, gracias á la anexión de la Saboya á la Francia, van á caer todas las barreras y la industria descollará grandiosa en aquel territorio.

Chambery ha comprendido todas las ventajas que reportaría de la anexión, y por eso ha manifestado la grande satisfacción que la produce este nuevo deslinde territorial, al recibir dentro de sus muros, el 28 de marzo, el primer destacamento del 80° de línea. El regimiento francés llegó por el ferro-caril de Víctor Manuel, cuyo embarcadero se hallaba empavesado con los colores franceses y sardos. La guardia nacional vino allí con su banda de música, á recibir á las lucidas tropas imperiales con todos los honores debidos.

Una muchedumbre considerable, haciendo resonar los aires con los gritos de: « Viva la Francia! » Manifestaba, con su entusiasmo, á los soldados sus sentimientos de unión fraternal.

El grabado que damos en este número representa el desfile del 80° en los boulevares de Chambery. Los soldados franceses pasan delante de la fuente de los Elefantes y saludan á la estatua del general Boigne que la corona. Todos los edificios públicos se hallan empavesados con los colores franceses y sardos. La guardia nacional y la muchedumbre simpática acompañan al regimiento hasta el cuartel, el cual se halla abrigado bajo la roca que dominan las *Charmettes*. Los soldados no tendrán allí mas que levantar los ojos para descubrir el delicioso retiro en el cual M^{me} de Warens acogió á J.-J. Rousseau en dos épocas diversas y le procuró algunos momentos de tranquilidad, que el grande escritor compartía entre el estudio y las atenciones que debía á su amiga.

MAXIME VAUVERT.

LAVATORIO DE PIÉS EN LA IGLESIA DE SAN SULPICIO.

Una de las ceremonias mas tiernas de la semana santa, es el lavatorio de piés. Verifícase éste el jueves santo, al mismo tiempo que la fiesta destinada á recordar á los fieles la institución de la Eucaristía. Jesus quiso dejar á los hombres la víspera de su suplicio este grande ejemplo de humildad, para enseñarles que no podemos sacrificar la vida por los demás, mientras que no hayamos inmolado antes nuestro propio orgullo.

En la antigüedad, el padre de familia lavaba los piés al viajero desconocido y cubierto de polvo que atravesaba el dintel de sus puertas. Al desempeñar este oficio, que mas adelante quedó relegado á los esclavos, la soberanía patriarcal parecía como que abdicaba en honor de los derechos inviolables de la hospitalidad. Al hombre que carecía de patria, de amigos y de pan, se le

consideraba como un enviado de Dios, como investido del soberano dominio sobre todos los lugares en los cuales implantaba él su pié errante.

Conservando esta tradición de la antigüedad, el cristianismo la ha elevado á la altura de un símbolo puramente religioso. Cada año, en todas nuestras iglesias, el sacerdote mas elevado en jerarquía lava los piés á doce pobres, para significar que los que carecen de bienes y de felicidades terrenales son huéspedes perpétuos de la casa de Dios, y soberanos del dominio que él se ha reservado en todas nuestras heredades. Por esto durante muchos siglos los reyes de Francia consideraron como un atributo precioso de su poderío y como una confirmación de la unción santa, el lavar los piés á doce pobres, el jueves santo: costumbre piadosa, llena de respeto y de grandeza, que aun practican los Reyes de España en la suntuosa Capilla de Palacio, con imponente solemnidad.

El soberano pontífice, constituyéndose, á ejemplo de Jesus, en siervo de los siervos, lava los piés á doce peregrinos que vienen de todos los extremos del mundo. Y es una gran prueba de favor otorgada solamente á las mas nobles y distinguidas romanas el admitirlas á servir en la mesa á estos pobres peregrinos, á quienes ellas no recibirían jamás en sus salones.

Nuestro grabado representa la ceremonia del lavatorio de piés en la iglesia de San Sulpicio, en donde se celebra con la mayor solemnidad, como si en esa region de Paris, donde tanto abundan los pobres, debieran ellos ser mas honrados que en cualquiera otra parte. No ha sido ilustrado en todos tiempos San Sulpicio, efecto sin duda de una elección providencial, por sacerdotes que han sabido sembrar los tesoros de la caridad á manos llenas? Ceñido el cura como Jesucristo con un lienzo blanco, *et cum accepisset linteam precinxit se* (S. Juan c. XIII, v. 4), se arrodilla sucesivamente delante de cada pobre, le lava los piés, los enjuga, y despues se los besa respetuosamente; en seguida se les distribuye el pan, el vino y la limosna, en señal de que, al adoptarlos como huéspedes suyos, la Iglesia los admite á participar de todos sus bienes. *Si non laveris te, non habebis partem mecum.*

Quién no se sentiría lleno de profunda admiración por este símbolo significativo y tierno: Jesucristo inclinándose, en la persona de sus sacerdotes, ante los pobres, limpiando el polvo de sus piés, como para dar confianza y seguridad á su marcha dolorosa por la escabrosa senda de la vida! Porqué habrémos de quejarnos de las miserias, de los enojos, de los males sin cuento de que nos vemos rodeados, cuando cada suspiro y cada lágrima nos conquistan un surco en el campo del Padre de familia? Quejaos, pues, vosotros los que marchais sobre blandas alfombras y camináis sobre rosas, cuando el Señor y el Creador de la vida dijo á los desheredados, á los desamparados de este mundo: « Marchad con valor por el camino en que yo os he precedido; os espero en mi morada, donde, para consolaros, no será demasiado todo mi amor y toda la solicitud de mis ángeles! »

J. PIERROUD.

(Correspondencia particular del MUNDO ILUSTRADO.)

Tetuan, 25 de marzo de 1860.

Mañana, á la misma hora en que escribo á ustedes, sabrá su suerte todo el ejército español. Estos guerreros fatigados por cuatro meses de una campaña ruda y penosa irán á descansar á sus hogares, ó bien, olvidando ya todo lo que han sufrido, se pondrán de nuevo en marcha para Tánger, sin saber en dónde se detendrán esta vez.

La situación es grave, como ustedes notarán

desde luego: Después de la jornada del 11, los emisarios de Muley-Abbas han vuelto á nuestro cuartel general, de donde llevaron en seguida á su señor las condiciones ó bases de la paz, á cuya aceptación deberá seguirse un armisticio. Mañana concluye el plazo que se les ha fijado para que vengan á traer su decisión.

Se ha distribuido á las tropas raciones para seis días, con el fin de que puedan ponerse en marcha inmediatamente, en la hipótesis de que no fueren aceptadas las condiciones impuestas por la España.

Todo induce á creer que Muley-Abbas desea sinceramente la paz: así es de inferir en vista de su insistencia en pedirla, y del cuidado y afán que sin cesar muestra, ayer por ejemplo sin ir mas lejos, en impedir los ataques de los Kabilas.

Nada sabemos de las condiciones modificadas; las primeras eran duras, y nadie se ha sorprendido de que las hubiera rehusado el gobierno marroquí.

Por otra parte, los Españoles se han mostrado tan magnánimos y tan leales en la guerra, que debe parecerles poco honroso el continuar esta expedición contra un pueblo que ha venido tres veces ya á arrodillarse ante el vencedor y á pedirle gracia. Además, cuál era el objeto de esta campaña? Vengar el insulto hecho al pabellón español. La bandera de esta nación se ha paseado ondeando de triunfo en triunfo desde los sotillos de Anghera hasta las llanuras de Osaja, y hoy tremola ya victoriosa en las almenas de la Alcazaba. Qué mas puede pedir la nación española?

Ella ha alcanzado doce victorias, tomando cien cañones al enemigo: su ejército se halla acampado hoy en la plaza de la ciudad santa, y el general en jefe ha visto derramar lágrimas de pena y de arrepentimiento al emisario de Muley-Abbas. Este mismo príncipe, abatido por tantos reveses, se ha humillado ante el que representa á la reina de España en esta tierra de Africa.

Creemos sinceramente que la guerra debe concluir aquí. La actitud de la prensa española habrá contribuido mucho á la continuación de la lucha, si es que el ejército marcha al fin sobre Tánger. Todo el mundo se ha fijado y persistido en la idea de que era preciso conservar á Tetuan, á todo trance, ó proseguir adelante si el gobierno marroquí no se presta á ratificar esta condición. Yo mismo he hablado aquí de Tetuan con entusiasmo; pero yo no estoy obligado á ver las cosas por el prisma de la política y de la práctica. — Al hablar de la ciudad, lo hacia bajo el punto de vista artístico y pintoresco; y aun sostengo que estas horribles calles sucias, estrechas, misteriosas, me agradan mas que la de Rivoli, la cual me representa á cada instante las mas prosaicas trivialidades. Estos dervises reclinados sobre las duras piedras, enteramente desnudos é invocando á Allah en las plazas públicas, estos bazares desiertos, en los cuales respira uno suaves y extraños perfumes, estas aguas errantes, vagabundas, que brotan á la aventura y forman enormes charcos en las calles, estos judíos sordidos y andrajosos que balbucean: viva la reina! y se ufanan de poder ya circular libremente por los barrios reservados antes á sus señores; me gusta todo esto, y no quisiera cambiarlo por Regent-Street, ni por la Puerta del Sol. Pero hoy, debe callar el artista ante una nueva guerra que tal vez va á recomenzar, ante toda la sangre que va aun á derramarse, ante los enormes sacrificios que va á hacer la nación española; y el hombre práctico debe considerar que Tetuan se hallará privado, durante cinco meses del año, de toda comunicación con España, á causa de los vientos contrarios que han reinado veinticinco días sobre cuarenta desde la jornada del 4 de febrero; el hombre práctico debe tener en cuenta que las re-

laciones con la playa son escesivamente peligrosas (hoy se hallan aquí mas de treinta mil hombres), y que se necesita una fuerza respetable para aventurarse á bajar á la llanura después de las cinco de la tarde; que la ciudad, situada entre dos sierras y rodeada de jardines y de colinas cubiertas de bosques, verá inquietar continuamente á su guarnición, y diezmar á sus soldados sin gloria y sin medios de defensa, á causa de este río cuyos puentes podrán ser destruidos cada noche por los Kabilas; debe observar en fin que la disposición de la ciudad, enteramente extraña á nuestras costumbres, á nuestros usos, á nuestro temperamento, necesita una reforma, una reconstrucción completa, gastos infinitos y que, en una palabra, consumiría improductivamente durante un periodo de tiempo aun mucho mayor que el transcurrido así en Argelia, en donde se tiene al menos el recurso, una vez encerrados en las ciudades, de poder defenderlas sin peligro, y de hallarse en constantes relaciones con la Europa.

Pero no anticipemos conjeturas, esperemos! Si marchamos adelante, no dudo del éxito: los caminos son malos. Qué importa! el ejército tendrá hambre: ya está acostumbrado á sufrir. El Moro ha tenido tiempo de fortificarse en Fondack. Tanto mejor; no se dirá que el ejército combate contra un enemigo indefenso.

Estoy seguro de que este noble ejército ostentará, como hasta aquí, todas las virtudes propias del valor y de la mas patriótica abnegación. La primera campaña garantiza desde luego el éxito de la segunda. Aunque los soldados no sean solidarios de las ilusiones que otros han podido hacerse sobre el modo de apreciar esta grave cuestión de la guerra actual, continuarán como si nunca se hubiera hablado de volver á sus hogares, después de tantas fatigas y de tanta sangre derramada.

Así pues, cojeremos mañana á manos llenas los laureles de la paz, ó proseguiremos nuestra ruta hacia lo desconocido por llanuras pantanosas, sobre montañas cubiertas de bosques, en risueños valles ó entre profundas quebradas. Finalmente, vamos á comenzar á vivir!

Dios asista á la España!

Adjunto es un croquis de la recepción que aquí se hizo al archiduque Maximiliano, hermano del emperador de Austria.

El príncipe y su amable esposa, Carlota de Bélgica, llegaron á Gibraltar el viernes por la noche de vuelta de un viaje á Rio-Janeiro y á Madera. La *Pomona*, fragata austriaca, los trajo el domingo á las ocho de la mañana á la aduana, de Tetuan, en donde fueron recibidos por los generales Prim y Latorre.

El archiduque, vestido de gran almirante, y la archiduquesa, con el traje sencillo y de buen gusto, de amazona, llegaron á las puertas de Tetuan, en donde los esperaba el general O'Donnell á caballo y al frente de su estado mayor.

Acompañó el general en jefe á sus huéspedes en sus visitas á la iglesia católica, en donde sus Altezas Imperiales oyeron misa, á la gran mezquita, á las casas moriscas mas dignas de notarse, en Tetuan y hasta las avanzadas del ejército, camino de Tánger.

El archiduque y la archiduquesa, después de su corta estancia, habiendo escitado con su trato cortés las simpatías de todos, fueron acompañados por el duque de Tetuan, y se volvieron á embarcar en la *Pomona* que debe trasladarlos á Cádiz.

Valle de la Conferencia, 26 de marzo de 1860.

Se ha firmado la paz hace una hora. Un convoy va á llevar esta nueva hasta el litoral. Las condiciones son ajustadas á los deseos de España.

Este desenlace, debido indudablemente á la gran victoria conseguida ayer, llenó de entusiasmo á los dos ejércitos, que tan encarnizados se habían mostrado la víspera en el combate.

La batalla de Gualtiras, de ayer, es la mas penosa de toda la campaña: las posiciones que se tomaron eran formidables, y nunca, ni en Anghera, desplegó el ejército enemigo mayor denuedo.

Cincuenta muertos y seiscientos heridos ha costado al ejército español.

Tan sangriento fué el combate, que mi corazón desfallecido podía á duras penas entregarse á los trabajos artísticos en el campo de batalla. Ví, y con esto está dicho todo para ustedes y para mí.

Verificóse la entrevista de Muley Abbas y del general á media legua del campo, en un valle, en que hicieron alto las escoltas.

El general español hizo armar una tienda en donde entraron los dos gefes de uno y otro ejército. El general Ustariz salió diciendo: «Ya somos amigos.» Todas las manos se estrecharon, rompieron en vivas las dos escoltas y la noticia se propagó con rapidez de un campo á otro.

Desde las cuatro estamos en pié de marcha. Las mulas llevan las tiendas y todos los bagajes. Debíamos á las seis marchar al sitio del Fondak si los emisarios de paz, llegados ayer solicitando una nueva entrevista, no hubiesen vuelto á la hora fija para suspender nuestra marcha.

Ignoro si nos embarcaremos en la playa de Tetuan ó en el valle de Jeremías.

C. YRIARTE.

LA LADRONA DE NIÑOS.

Cuento.

(Conclusion. — Véase nuestro número anterior.)

Y pronunciando estas incoherentes palabras, paseábase en el aposento, rechinando los dientes y con la mirada amenazadora.

El sudor inundaba la frente de Schwartz, quien murmuró en voz baja mirando su plato: — lo siento demasiado, caballero, lo siento... pero ya son quince!... Los ladrones son mas hábiles que mis agentes... qué quereis que haga!

A esta respuesta imprudente, el conde dió un salto de rabia y cojiendo al magistrado por los hombros, le levantó de la silla:

— Qué quereis que haga!... Ah! de ese modo respondeis á un padre que os reclama su hijo!

— Soltadme, caballero, soltadme, exclamaba sofocado de espanto el preboste... En nombre del cielo, caballero, calmaos... una mujer... una loca... Cristina Evig acaba de salir de aquí... me dijo... sí, ya me acuerdo... Hans! Hans!

El criado lo habia oído todo desde la puerta, y se presentó al instante preguntando:

— Señor?

— Corred á buscar á la loca.

— Aquí está todavía, señor preboste.

— Pues bien, que entre... — Tomad asiento, señor coronel.

El conde Diderich permaneció de pié en medio de la pieza, y un momento después, entraba Cristina Evig con aspecto salvaje y riéndose de un modo estúpido como habia salido.

El criado y la moza, deseosos de ver lo que pasaba, permanecían de pié en el umbral con la boca abierta.

El coronel, con ademan imperativo, les hizo señas de que salieran; después, cruzando los brazos frente á Schwartz:

— Ea bien! caballero, exclamó, qué indicios pretendeis sacar de esta desgraciada?

El preboste hizo ademan de que iba á hablar, sus rubicundas megillas se agitaron. La loca se reía entre sollozos.



GUERRA DE MARRUECOS. — Batalla de Castillejos, según los croquis enviados por nuestro corresponsal el señor Yriarte.

Ayuntamiento de Madrid

— Señor coronel, dijo por fin el preboste, esta mujer se halla en el mismo caso que vos... hace tres años perdió á su hija... y esto es lo que la ha vuelto loca.

Los ojos del coronel se llenaron de lágrimas:

— Qué mas? dijo.

— Hace poco entró en este aposento; parecia tener una vislumbre de razon, y me dijo...

Schwartz guardó silencio.

— Qué, caballero?

— Que habia visto á una mujer llevarse á un niño en un saco de lienzo...

— Ah!

— Y mientras hablaba de este modo por extravío de su razon, la he despedido...

El coronel se sonrió con amargura.

— La habeis despedido? exclamó.

— Sí... me pareció recaer al momento en su locura.

— Pardiez! prorrumpió el conde con voz atonadora... rehusais vuestro auxilio á esta desventurada... **haceis** desaparecer su último rayo de esperanza... la reducís á la desesperacion... en vez de sostenerla y protegerla, como os lo imponia vuestro deber... — Y osais conservar vuestro empleo... osais cobrar vuestros emolumentos? Ah! caballero!

Y acercándose al preboste, cuya peluca oscilaba trémula, añadió en voz baja y concentrada:

— Sois un miserable!... Si no encuentro á mi hijo, os quito la vida como á un perro.

Schwartz, con los ojos fuera de sus órbitas, las manos levantadas y abiertas, y la lengua entorpecida, no chistaba palabra; el espanto le ahogaba... y por otra parte no sabia qué responder.

De improviso el coronel le volvió la espalda, y acercándose á Cristina, contemplóla algunos instantes. Despues, levantando la voz:

— Buena mujer, la dijo, procurad responderme... Veamos... En nombre de Dios... de vuestra hija... en dónde habeis visto á esa mujer?

El coronel guardó silencio, y la pobre loca murmuró con voz lastimera:

— Deutsche!... Deutsche!... Me la han matado!...

El conde se puso pálido, y en un acceso de terror, asiendo á la loca por la muñeca:

— Respondedme, desdichada, exclamó, respondedme!...

Y sacudíala con violencia... la cabeza de Cristina se dejó caer convulsa hácia atrás... luego soltó una espantosa carcajada y dijo:

— Sí... sí... ya no hay remedio... esa inicua mujer la ha matado!

El conde sintió que se le doblaban las rodillas, cayó postrado sobre un sillón, apoyados sus codos en la mesa, el pálido rostro en sus manos, fijos los ojos como si contemplara una horrible escena.

Los minutos se sucedieron lentamente con el mayor silencio.

El reloj dió las diez y media, las vibraciones de la campana hicieron estremecer al coronel... Levantóse éste, abrió la puerta y Cristina salió.

— Señor... dijo Schwartz.

— Callad, interrumpióle el coronel con mirada amenazadora...

Y siguió á la loca que bajaba por la tenebrosa calle.

Una idea singular acababa de fijarse en su mente: Todo está perdido, habiase dicho á sí mismo, esta desgraciada no puede raciocinar... no puede comprender lo que se la pregunta... pero ha visto algo... este instinto podrá guiarla.

Inútil es decir que el señor preboste quedó maravillado de semejante desenlace. El digno magistrado se apresuró á cerrar la puerta con llave, y en seguida se apoderó de su alma una noble indignacion:

— Amenazar á un hombre como yo!... esclama-

mó... cojerme por el cuello... Ah! señor coronel... ya veremos si hay leyes en este país... Mañana mismo elevaré una queja á Su Escelencia el gran duque, y le manifestaré la conducta de sus oficiales, etc., etc.

III.

Entre tanto el conde seguía á la loca, y por un efecto extraño de la escitacion de sus sentidos, veíala en medio de las tinieblas de la noche, al través de la bruma, como si fuera de dia... Oía sus suspiros, sus confusas palabras, á pesar del soplo continuo del viento otoñal, mujiendo violentamente por aquellas calles desiertas.

Uno que otro transeunte, retirándose á deshora, escondiendo la nuca en el cuello del gaban, las manos en sus bolsillos y con el fieltro hundiéndose hasta las cejas, corría tal vez por las aceras; oíase el ruido de las puertas que se cerraban, el golpe de una persiana mal sujeta en la pared... alguna teja desprendida por el viento rodando desde el tejado á la calle... despues, el inmenso torrente de aire, volviendo á adquirir su violencia, cubria con lúgubre voz todos los rumores, todos los silbos, todos los suspiros.

Era una de esas noches frias de fines de octubre, en que las veletas, sacudidas por el cierzo, giran desatinadas en lo alto de los tejados y rechinan con voz estridente:

— El invierno!... el invierno!... hé aquí el invierno!...

Al llegar al puente de madera, Cristina se inclinó hácia el muelle, miró el agua negra y fangosa que se arrastra por el canal, y despues, enderezándose con aire de incertidumbre, prosiguió su camino tiritando y murmurando en voz baja:

— Oh! oh! hace frio!

El coronel, recojiendo con una mano el embozo de su capa, comprimía con la otra los latidos de su corazon, que le parecia pronto á estallar.

Dieron las once en la iglesia de San Ignacio, y despues las doce de la noche.—Cristina Evig continuaba siempre marchando; habia recorrido las callejuelas de la Imprenta, del Mazo, del Mercado-de-Vinos, de las antiguas Carnicerías, de los Fosos-del-Obispado... — El conde, desesperado, se habia dicho cien veces que esta pesquisa nocturna no podia conducir á nada, que la loca no llevaba objeto alguno; pero pensando al instante que aquel era su último recurso, continuaba siguiéndola de plaza en plaza, deteniéndose detrás del pilar de una esquina, en el hueco de una pared... y prosiguiendo despues su marcha incierta, absolutamente como el insensato sin asilo que vaga al acaso en las tinieblas.

Finalmente, á eso de la una de la mañana, Cristina desembocó de nuevo en la plaza del Obispado. El tiempo parecia entonces aclararse un poco; la lluvia habia cesado, un viento fresco barria la plaza, y la luna, ora rodeada de pardas nubes, ora ostentando todo su fulgor, reflejaba sus rayos, limpios y frios como láminas de acero, en los mil charcos de agua formados entre las piedras.

La loca fué á sentarse tranquila á la orilla de la fuente, en el sitio en que se habia sentado algunas horas antes. Permaneció largo rato en la misma actitud, con ojos apagados y tristes y sus harapos pegados á su descarnado cuerpo.

Todas las esperanzas del conde se habian desvanecido!

Pero en uno de aquellos instantes en que la luna rompía su velo y proyectaba su pálida luz sobre los edificios silenciosos, levantóse de repente la loca, alargó el cuello, y el coronel, siguiendo la direccion de su mirada, reconoció que penetraba en la callejuela de los Tintoreros, á unos doscientos pasos de la fuente.

Al mismo tiempo, la loca partió como una flecha.

El conde seguía ya sus pasos, penetrando en el laberinto de altas y viejas casuchas que domina la antigua iglesia de San Ignacio.

Diríase que la loca tenia alas en los piés; diez veces estuvo á punto de perderla de vista; tan veloz caminaba la infeliz por aquellas callejuelas tortuosas y llenas de carretas de estiércol y leña amontonada delante de las puertas á causa de la proximidad del invierno.

De repente desapareció Cristina en una especie de callejon sin salida envuelto en tinieblas, y el coronel tuvo que detenerse falto de direccion.

Afortunadamente, al cabo de algunos segundos, brotó de aquella cloaca el rayo amarillento y oscilante de una lámpara al través de un mugriento cristal... Este rayo se hallaba inmóvil... Muy pronto le ocultó una sombra... despues volvió á aparecer... Era evidente que algun sér velaba en aquel chiribitil.

Qué pasaba allí?

El coronel penetró sin titubear en la cloaca, encaminándose directamente hácia la luz.

Encontró á la loca en medio de la callejuela, de pié entre el fango, con los ojos desencajados, la boca abierta, mirando tambien aquella lámpara solitaria. La presencia del conde no pareció sorprenderla... sino que, estendiendo el brazo hácia la ventanilla iluminada del primer piso, dijo:

Allí es!... con tan acentuada espresion, que el conde sintió estremecerse todo su cuerpo.

A impulsos de este movimiento, lanzóse el conde hácia la puerta del chiribitil, abríola de un fuerte empuellon, y se quedó en medio de las tinieblas.

La loca se hallaba detrás de él.

— Chito! exclamó aquella.

Y el conde, cediendo otra vez al instinto de la desventurada, se quedó inmóvil y con oído atento.

El mas profundo silencio reinaba en la casucha; habriase creído que todo yacía sepultado en el sueño... que allí sólo reinaba la muerte.

Dieron las dos de la mañana en la iglesia de San Ignacio; entonces se oyó un débil cuchicheo en el primer piso, y despues apareció un lijero destello de luz en la carcomida pared del fondo; las tablas rechinaron por cima de la cabeza del coronel, y el rayo luminoso, propagándose de trecho en trecho, alumbró primero una escala... objetos viejos de hierro hacinados en un rincón... un monton de leña... mas lejos una ventanilla cubierta de telarañas que daba al patio... una vieja que arrastraba á derecha é izquierda un cesto de harapos... Qué sé yo cuántas cosas mas?

Un interior sombrío, lleno de grietas, horroroso.

Finalmente, una lámpara de cobre de humosa mecha, sostenida por una mano pequeña, enjuta como la garra de un ave de rapiña, se inclinó lentamente sobre el pasamano de la escalera, y encima de la luz apareció la cabeza de una mujer, inquieta, de cabello color de estopa, huesosas mejillas, grandes orejas, separadas de la cabeza y casi rectas, ojos de un pardo claro centellantes bajo sus prominentes cejas... En una palabra, un sér siniestro cubierto con una falda mugrienta, con los piés calzados en sucias chancletas, los brazos descarnados, desnudos hasta el codo, con la lámpara en una mano y en la otra una afilada hacha de plomero.

Apenas habia sumergido este ente abominable sus miradas indagadoras en la sombra, cuando volvió á trepar por la escalera con singular preseteza.

Pero era demasiado tarde; el coronel habia dado un salto, con la espada en la mano, y tenia ya asida á la vieja por el borde de la falda.

— Mi hijo, miserable!... devuélveme mi hijo!... exclamó.

A este grito del león, la hiena había vuelto la cabeza, lanzando un hachazo á la aventura... Empeñóse una lucha espantosa. Derribada sobre la escalera, aquella furia procuraba morder al conde; la lámpara, caída en el primer instante, ardía en tierra, y su mecha, chisporroteando sobre las húmedas losas, proyectaba sus movedizas sombras sobre el fondo pardo de la pared.

— Mi hijo, repetía el coronel, devuélveme á mi hijo... ó te mato!

— Ah! sí, ya tendrás á tu hijo... respondía jadeante la mujer con voz irónica. Oh! esto no ha concluido... tengo buenos dientes... el cobarde que... que me ahoga... eh!... oyes! la de arriba... estás sorda? soltadme... lo... lo diré todo!...

La mujer parecía desfallecer ya, cuando otra furia, mas vieja aun, mas huraña, bajó la escalera gritando:

— Aquí estoy, aquí estoy yo!...

La miserable se hallaba armada de una gran cuchilla de carnicero... y levantando el conde los ojos, vió que aquella elejía un buen sitio para herirle, entre los dos hombros.

Creyóse perdido... una casualidad providencial podía sólo salvarle. La loca, espectadora impasible hasta entonces, se arrojó sobre la vieja gritando:

— Ella es... héla ahí... oh! la reconozco... no se me escapará!

Por toda respuesta, un chorro de sangre inundó aquel asqueroso aposento... La vieja acababa de abrirla la garganta.

Todo esto fué obra de un segundo.

El coronel había tenido tiempo para levantarse y ponerse en guardia; al apercibirlo las dos furias, subieron rápidamente la escalera y desaparecieron en las tinieblas.

La lámpara humosa despedía entonces su luz agonizante, y el conde se aprovechó de sus postremos reflejos para seguir á las criminales. Pero al llegar á los últimos escalones, la prudencia le aconsejó que no abandonara esta salida... Oía el estertor de Cristina y también oía caer las gotas de sangre de grada en grada, en medio del silencio. Era aquel un espectáculo horrible.

Al lado opuesto, en el fondo de la guarida, un extraordinario movimiento de trastos hacia temer al conde que las dos viejas quisieran escaparse por las ventanas.

No conociendo la disposición del local, permanecía indeciso, cuando algunos rayos de luz, pasando al través de las hendiduras de una puerta, le dejaron ver las dos ventanas de la pieza que daba sobre el callejón. A este tiempo oyó en la calle una voz gruesa que gritaba:

— Hola! qué pasa aquí?... Una puerta abierta... ah!... ah!...

— Acá conmigo! exclamó el coronel... por aquí!

En aquel momento la luz que había penetrado al través de las hendiduras de la puerta iluminó la casucha.

— Oh! dijo la voz... tenemos sangre... diablo... no me engaño... es Cristina!...

— Acá todos!... repitió el coronel.

Toscas pasos resonaron en la escalera y el rostro barbudo del wachtmann Selig apareció en la escala con su gorra de nutria, y su piel de cabra en los hombros, dirigiendo hacia el conde la luz de su linterna.

El buen hombre quedó estupefacto al ver el uniforme.

— Quién está ahí? preguntó.

— Subid... amigo... subid!

— Dispensad, coronel... es que abajo...

Sí... una mujer acaba de ser asesinada... Los asesinos se hallan aquí!

El wachtmann subió entonces los últimos escalones, y levantando su linterna, alumbró la estancia.

Era ésta un camaranchon de seis piés, á lo mas, al cual daba la puerta de la pieza en donde se habían refugiado las dos mujeres; una escalera que se hallaba á la izquierda, para subir al granero, estrechaba aun mas aquel recinto.

Selig quedó sorprendido al ver la palidez del conde, y no se atrevía á preguntarle lo que había pasado, cuando éste rompió el silencio diciéndole:

— Quién vive aquí!

— Dos mujeres, madre é hija... llámaselas en el barrio del Mercado: las dos Josel... La madre vende allí carne... La hija hace salchichas...

Recordando entonces el conde las palabras pronunciadas por Cristina durante su delirio: — Pobre niño... le han matado! — fué acometido de un vértigo... un sudor mortal cubrió su rostro.

La fatalidad quiso también que, en aquel mismo instante, descubriese detrás de la escalera un tonelete escocés, de cuadros azules y encarnados, unos zapatitos de charol, una gorrita con borlas negras, todo arrojado allí en la oscuridad! El conde se estremeció... pero un poder irresistible le impelia á mirar... á contemplar por sus propios ojos... Acercóse pues temblando de piés á cabeza... y levantó aquellas prendas con mano trémula: — Era la ropa de su hijo! — Algunas gotas de sangre mancharon sus dedos...

Dios solo sabe lo que pasó en el corazón del conde; permaneció largo rato apoyado en la pared, con los ojos fijos... los brazos caídos... la boca entreabierta... como herido por el rayo... pero de repente precipitóse contra la puerta con tal ruido de furor, que espantó al wachtmann: — Nada habría podido resistir á tal choque! — Oyéronse rodar en la pieza los muebles que las dos mujeres habían amontonado para atrincherar la puerta... La casucha tembló hasta sus cimientos... El conde desapareció en la oscuridad... despues se oyeron ahullidos... gritos feroces... imprecaciones... roncós clamores en el seno de las tinieblas!

Aquello era horrible... nada tenía de humano... creíase un combate de fieras, despedazándose en medio de la mas profunda oscuridad!

La calle empezaba á llenarse de jente. Los vecinos afluían de todas partes al chiribitil gritando:

— Qué hay? qué sucede? se está degollando aquí la jente?

De repente se restableció el silencio, y el conde, acribillado á puñaladas... con el uniforme hecho pedazos, volvió al camaranchon, blandiendo su espada teñida en sangre hasta el puño... su bigote se hallaba también ensangrentado y todos comprendieron que este hombre acababa de batirse con la rabia de un tigre!

Qué os diré despues de esto?

El coronel Diderich sanó de sus heridas y desapareció de Maguncia.

Las autoridades de la ciudad creyeron conveniente ocultar á los parientes de las víctimas estas abominables revelaciones. A mí me las ha comunicado el mismo wachtmann Selig, hoy anciano y retirado; él solo conocía todos sus pormenores, habiendo asistido como testigo á la información secreta del proceso, ante el tribunal del crimen de Maguncia.

Desearia poder decir que este hecho es único en la historia de la depravación humana, pero sería una mentira: Agua Pendente refiere que una mujer fué descuartizada viva en Milan por un caso semejante. — Atraía á los niños á su casa, los mataba, los salaba y se los comía!

En el año de 1665 fué quemada en Tubinga una familia entera.

Esta familia de asesinos, retirada en el fondo de una caverna, devoraba despues de degollarlos á cuantos caían en su poder. Sólo alcanzó gracia

una niña de un año; pero habiéndosela encontrado á los doce culpable del mismo crimen, fué ahorcada.

No hemos visto en nuestros días á algunos monstruos que beben la sangre de sus víctimas... otros que se alimentan con su corazón... otros en fin que desentierren á los muertos para comerse los?

Prívese al hombre del *sentido moral*, y su inteligencia, de que tan ufano se muestra, no podrá preservarle nunca de las mas infames pasiones.

ERCKMANN-CHATRIAN.

LAS FORTALEZAS INEXPUGNABLES.

A fines del mes de febrero último, veíase agitado el pueblo de Londres por una noticia que excitaba la atención de todo patriota británico.

Habíase encontrado el *báluarte de la paz*: la Inglaterra podía dormir tranquila, la capital podía entregarse eternamente á su inmenso comercio sin recelar los horrores de la guerra. De hoy mas, el Támesis, ese gran camino de Londres, verá sus dos embocaduras defendidas de toda agresión.

El gobierno inglés había ya fijado toda su solicitud en el estado de defensa de las costas, riberas y posiciones que al parecer presentaban mas peligro. Había votado muchos millones que anualmente debían consagrarse al efecto.

Un distinguido marino, conocedor de todas las ensenadas y promontorios ingleses como de los rincones de su camarote, acaba de proponer al gobierno la construcción en la entrada del Támesis de tres fortalezas de su invención para evitar cualquier audaz tentativa. Una de estas se debe establecer en el banco de arena de *Nore*, otra en el de *Geodwin* y la tercera en el *Maplin*. La ciudad de Londres quedaría de este modo inexpugnable, porque ninguna flota podrá entrar en el río sin que la echen á pique estas dos fortalezas.

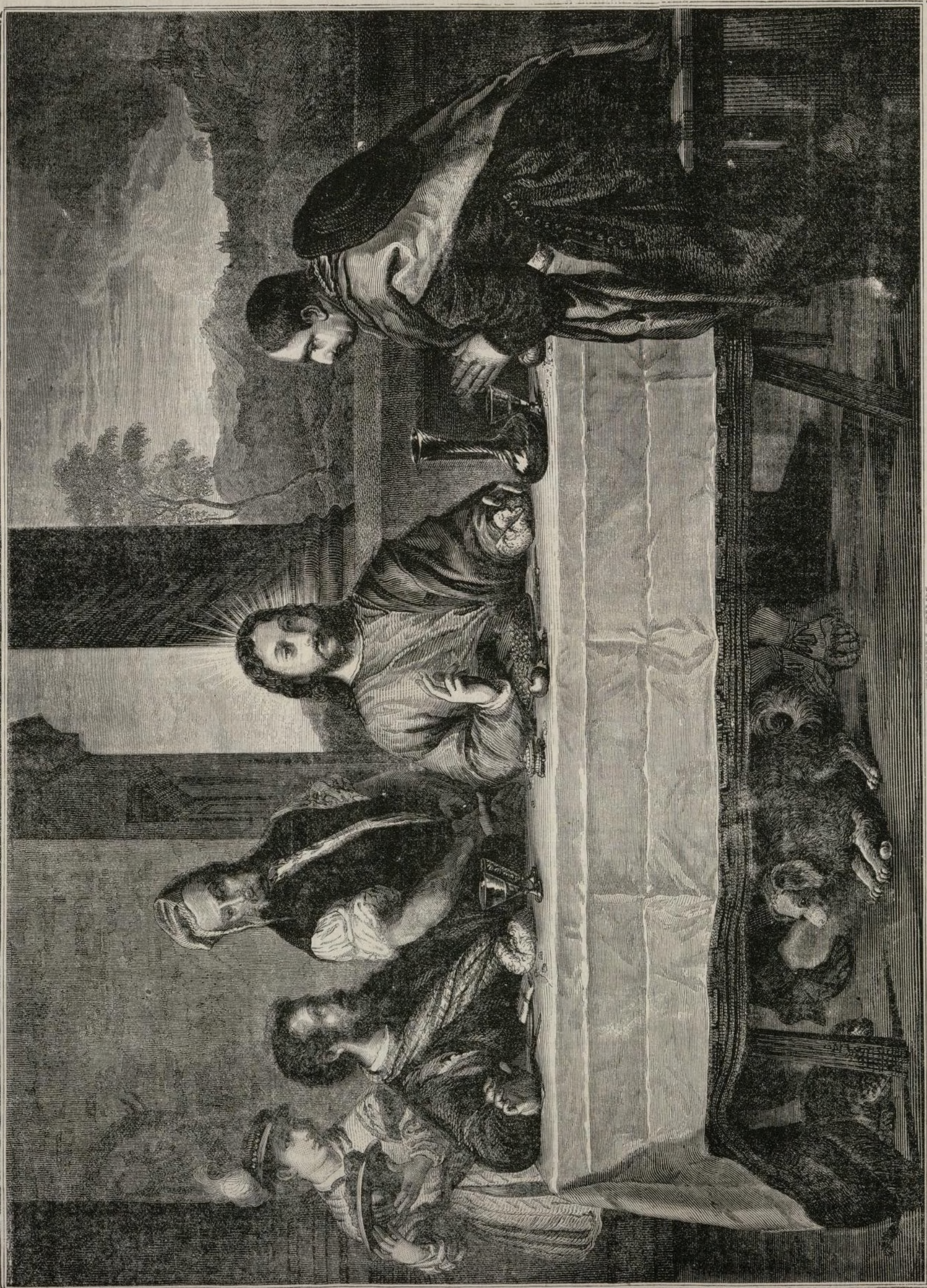
El autor de este nuevo proyecto de defensa, M. William John Hall, ha tenido la amabilidad de comunicarnos su dibujo que reproducimos, al par que la memoria de donde tomamos las noticias auténticas.

El interés con que se ha recibido la invención de M. Hall ha sido general. El príncipe Alberto le ha estudiado seriamente: los miembros de las dos Cámaras, los oficiales superiores y un gran número de personas competentes han prestado una protección viva á este proyecto que presenta las condiciones de buen éxito y de una economía inmensa, puesto que no se exige para su ejecución mas que un millón de libras esterlinas, ó sea, la décima parte de la suma votada por el gobierno inglés para la defensa y armamento de sus costas.

En vista del cálculo establecido ya de las riquezas contenidas en la ciudad de Londres, M. Hall pretende que la prima de seguros de éstas no llegará á tres céntimos por libra esterlina, ó 12 céntimos por cada veinte duros.

No es nuestro ánimo discutir la exactitud de estos cálculos, ni la eficacia de la invención de la fortaleza *inexpugnable*; sólo harémos, al exhibir el grabado de este fuerte de hierro, una descripción sucinta que ponga de manifiesto todo su poder defensivo.

Esta nueva construcción será de un diámetro de ciento veinte piés ingleses en el punto de nivel de las grandes mareas, y su altura, desde esta línea, de ciento treinta piés. La fortaleza tendrá setenta troneras con sus correspondientes cañones. Se podrán dirigir á un mismo punto veintinueve piezas á la vez, y acuartelar mil y quinientos hombres en el fuerte, aunque, en concepto de M. Hall, con la tercera parte hay mas que suficiente para su defensa.



Los peregrinos de Emaus, cuadro del Ticiano, en el Louvre.

Se asentará la construcción en un cajón enorme atestado de las materias más consistentes, hundido en la arena hasta el *substratum*. Las paredes exteriores se compondrán de verdaderas masas de hierro, forjadas, redondas y enlazadas entre sí con metal fundido. Esta muralla metálica será de dos pies de espesor y á prueba de todo proyectil.

El peso total del hierro empleado será próximamente de 32,000 toneladas, y con el de la madera y otros materiales formará un conjunto de 110,000 toneladas.

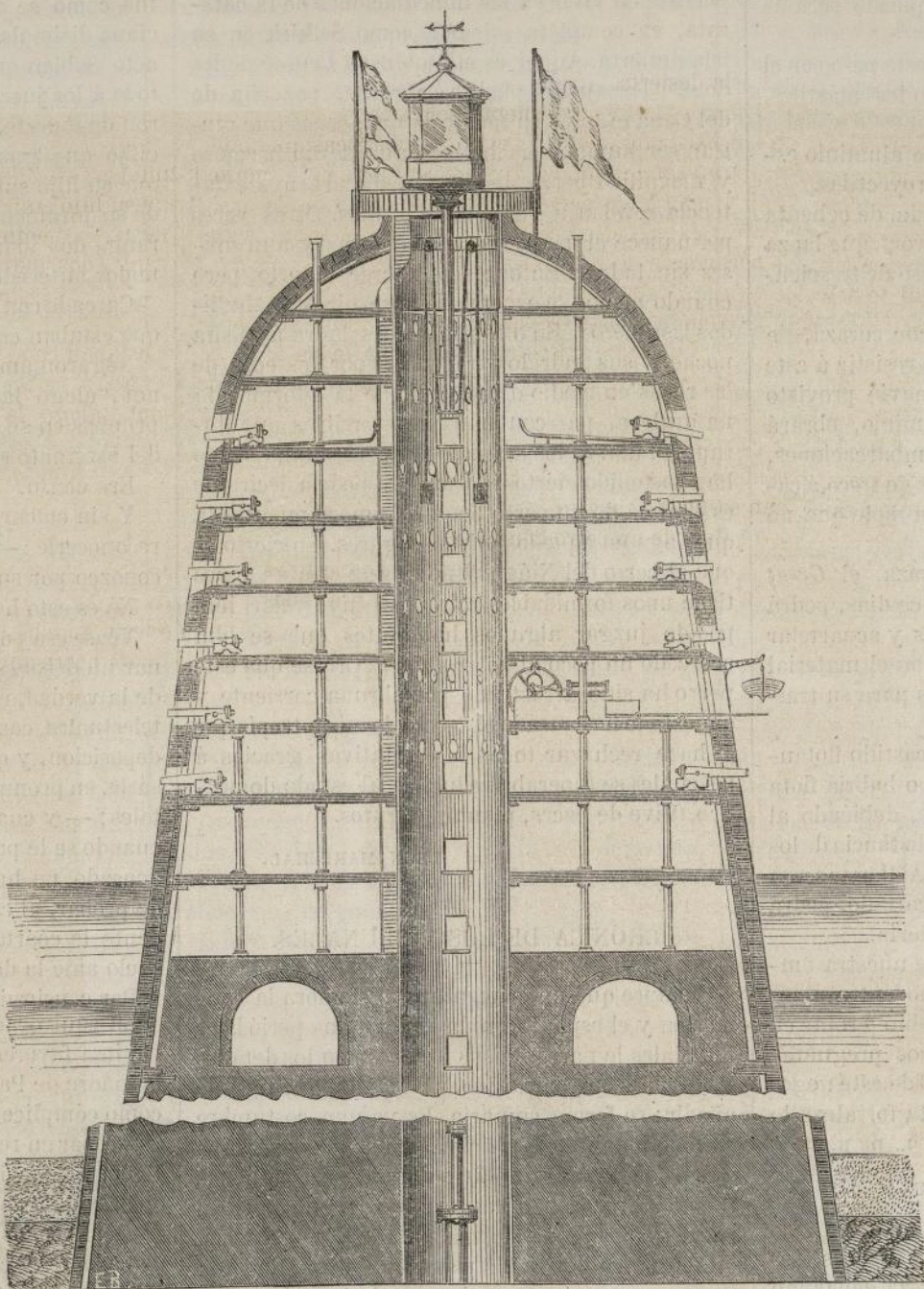
Además el fuerte terminará en un faro.

Los almacenes de pólvora y parques de balas y granadas estarán colocados bajo el nivel de las mareas bajas. Un pozo artesiano, taladrado en el lecho del mar facilitará el agua necesaria, la cual se extraerá y elevará por medio de una máquina de vapor cuyas funciones se extenderán al ascenso de las municiones de guerra y boca hasta los pisos superiores.

La misma máquina pondrá en movimiento á un ventilador para espulsar de las casamatas el humo producido por las explosiones de las piezas.

Todo el edificio estará calentado por el vapor que ha de pasar por las columnas huecas destinadas á sostener los pisos.

Fácilmente podrán comprender los curiosos estas fortalezas de hierro á la simple vista, puesto que ya se ha constituido una asociación patriótica para su construcción, habiéndose inscrito á la cabeza de esta lista, M. William-John Hall, autor del proyecto, por la cantidad de cien libras



Sección vertical de la fortaleza inexpugnable, conforme á los planos y dibujos de M. William John Hall, autor del proyecto.

esterlinas.

LÉO DE BERNARD.

Creemos que ofrecerá grande interés á nuestros

este metal, por el que se consigue á 3 rs. vn. el kilogramo: los mil seiscientos metros cúbicos costarían 467,000 ps. fts.

lectores agregar á este proyecto de fortaleza inglesa un extracto de nuestra correspondencia de América, llegado por el último correo y referente á un género de fortaleza también inexpugnable.

«..... M. Daulay sale para Europa en el vapor que lleva los periódicos y la correspondencia que los dirige. M. Daulay ha recibido de una compañía recientemente formada el encargo de comprar el navío *Great Eastern*: esta sociedad se propone transformar este navío en una inmensa fortaleza: el pensamiento no está todavía enteramente elaborado y debe estudiarlo M. Ikel, hábil constructor que acompaña á M. Daulay en su misión.

» El *Great Eastern* quedará sin mástiles, sin ruedas de paletas y sin las máquinas que las mueven de fuerza de mil y quinientos caballos: sólo se conservará como motor la hélice que le dejará aun la marcha de trece ó catorce nudos, marcha superior á la de los navíos de guerra: también se disminuirán la obra muerta y los parapetos.

La cubierta y el casco, hasta dos metros bajo la línea de flote, estarán bien forrados con una coraza de aluminio, cuyo espesor podrá variar de quince á veinte centímetros, según el punto vulnerable. La superficie forrada será como de nueve mil metros y la cantidad de aluminio necesaria de mil seiscientos metros cúbicos. Se ha descubierto recientemente un procedimiento para la producción de



Proyecto de una fortaleza inglesa, de hierro é inexpugnable, destinada á defender la entrada del Támesis.

« El peso total del aluminio empleado será de cuatro millones de kilogramos.

» Se tiene una compensación de este peso con el que se quita al barco suprimiendo los mástiles, las ruedas y el motor.

» Esta fortaleza con su coraza de aluminio estará resguardada de los mayores proyectiles.

» Para el ataque estará guarnecida de ochenta cañones de acero del sistema Whitworth, que lanza proyectiles prolongados y de un peso de trescientos kilogramos próximamente.

« Ningún fuerte, ningún navío con coraza, de los conocidos hasta la fecha, puede resistir á este proyectil de tan enorme peso. El navío provisto en su proa de una espuela de aluminio, obrará como el ariete contra las demás embarcaciones, cayendo sobre ellas con una marcha de trece á catorce nudos y al choque de su gran mole que no podrán resistir.

» Armado y envuelto en su coraza, el *Great Eastern*, llevando carbon para quince días, podrá aun transportar veinte mil toneladas y acuartelar un ejército de veinte mil hombres con el material de artillería, los caballos necesarios para su transporte y víveres para un mes.

» Si se quisiera intentar con este castillo flotante un desembarque en una costa, no habría flota bastante imprudente para oponerse, debiendo al contrario mantenerse á grandísima distancia de los enormes proyectiles de su enemigo. Al llegar cerca del litoral, el navío, presentando el costado, podrá proteger el desembarque con su artillería.

» La posibilidad del buen éxito de nuestra empresa es mas ó menos discutible: no entraremos en la materia: este pensamiento debió brotar en el cerebro de un americano; mas nos preguntamos donde está el interés industrial de este negocio y qué destino piensa dar á esta fortaleza la compañía Daulay?

L. DE B.

LOS PEREGRINOS DE EMAUS.

Cuadro del Ticiano.

Volvían de Jerusalem al pueblo de Emaus dos discípulos de Jesus y llenos de tristeza departían sobre las maravillas que antecedieron y sucedieron á la muerte de su divino Maestro. La misma mañana de este día no se encontró ya el cuerpo de Cristo en el sepulcro. Acercóse á los apóstoles un viajero que habló con ellos explicándoles las sagradas escrituras.

Llegados á Emaus, obligaron al desconocido á que se detuviera con ellos en una posada y á que tomase parte en su cena. « Mas como estuviese con ellos en la mesa, cogió el pan y tributó gracias: partióle despues y se les distribuyó. » Entonces abriéronse sus ojos y reconocieron al Salvador que desapareció de su presencia.

Esta tierna tradicion ha servido siempre de tema á la imaginación de los pintores mas eminentes; pero ninguna de estas obras ha llegado al esplendor de la del Ticiano, cuya copia presentamos á nuestros lectores. Vecello Tiziano, uno de los mejores artistas de la escuela Veneciana, tanto por la magnificencia de su colorido, cuanto por el saber, por la delicadeza de su dibujo, trasladó á su lienzo tres retratos de sus contemporáneos. El peregrino de la derecha es Carlos V, su poderoso protector: á la izquierda está el del general Jimenez, y el pajeillo representa al príncipe de floridos años, que fué Felipe II. Merced á la ilustrada solicitud de los conservadores del Louvre, esta página maravillosa se conserva en buen estado y el colorido en toda su hermosa esplendidez.

FONTAUBE.

EL PERRO DEL NIÁGARA. — El Niágara es decididamente el lugar en el cual se producen mas escentricidades humanas... y animales. En efecto, no se trata ya hoy solamente de las estravagancias de un Blondin, sino de las de un perro que

persiste en vivir en las inmediaciones de la catarata, en completa soledad, como Selkirk en su isla desierta. Aquel es el Robinson Crusoe de los dogos. Debajo del puente colgante, por ella do del Canadá, vive en medio de unas rocas que ningún ser humano ha hollado nunca, un hermoso y magnífico perro de Newfoundland, cuya existencia revelan á veces sus ladridos. Otras veces permanece el perro semanas enteras y aun meses sin ladrar. Eutonces se le cree muerto, pero cuando menos se espera, déjanse oír sus alullidos lastimeros. En otras ocasiones ladra á media noche, y sus ladridos, repetidos por los ecos de las rocas en medio del silencio de la adormecida naturaleza, parecen aun mas terribles que durante el día. Si los animales tuvieran alma, como han sostenido ciertos filósofos, se podría decir que es el alma de un perro llena de remordimientos la que vaga en aquellos tristes lugares. Lo cierto es que el perro del Niágara no es una sombra, pues tiene unos formidables colmillos cuyo valor han podido juzgar algunos habitantes que se han acercado un poco al *pobre animal*. Créese que este perro ha sido arrastrado por alguna corriente y que esto le ha causado el acceso de misantropía que le hace rechazar todas las tentativas gracias á las cuales se esperaba reducirle al estado doméstico. Vive de peces, plantas y frutos.

LÉON MARÉCHAL.

CRÓNICA DE LOS TRIBUNALES.

Siempre que un crimen nuevo siembra la conmoción y el espanto en la ciudad, los periódicos judiciales le narran á sus lectores con los detalles « horribles » ó « curiosos », sin olvidarse nunca de añadir: se forma sumaria. Es ya una costumbre en todo hombre de pñola, el deleitarse en esas tres palabras. En mi juicio es un desacierto. Esas tres palabras tienen mas sentido del que á primera vista parece. Se forma sumaria. — es decir, que el malvado tiembla y se tranquiliza el bueno: Se ha perpetrado un crimen y la justicia sabrá encontrar al culpable. — Este es el punto capital y consigno el hecho de que una población se conmueve y asusta mucho mas con un solo asesinato cuyo autor queda oculto, que con diez que la justicia haya descubierto y castigado.

Una anciana, la viuda de Chereau, fué asesinada y robada, hace cuatro años, en su casa, á las nueve de la mañana, en la calle de Geoffroy-Saint-Hilaire. No dejaba ya de ser horroroso que tal crimen se hubiese perpetrado de esa manera, á la luz del sol, y en un barrio tan frecuentado; pero que hubiesen logrado los asesinos burlar á la justicia, que hubiesen tenido ocasion franca de repetir, á su antojo, su impune maleficio; eso era lo que principalmente tenia inquietos á los pacíficos moradores del barrio de San Marcel. Esos hombres honrados deben tranquilizarse. Los asesinos — ó al menos uno de ellos, — son ya hoy conocidos.

La providencia, por mas que digan, vela incesantemente y no permite que el malvado cierre todas las puertas á la investigación del crimen: éste deja siempre una huella que conduce á la verdad á la justicia. Tenemos entre mil un ejemplo en el caso presente. La conciencia de la madre de uno de estos criminales ha dado la luz que aclara este oculto drama.

Parang, hijo de esta mujer atormentada por su propia conciencia, es el mismo que fué sentenciado y sufrió la última pena, el año anterior, por haber violado y muerto á una jóven, sobrina suya.

Habíase presentado por casualidad en casa de Parang su anciana madre, precisamente en el momento en que se ocupaba él en repartir con sus cómplices el dinero y los efectos de la víctima: así

fué como se averiguó el asesinato. Pudo la anciana disimular el horror que la inspiraba este acto. Sabían que era honrada y capaz de revelarlo todo á los jueces. Para impedirselo, la amenazaron de muerte, la obligaron á jurar sobre un crucifijo que guardaria el mayor secreto. Despues que su hijo sufrió la última pena, se creyó libre de su juramento é indicó, como cómplices de Parang, dos individuos, recomendados ya por sus malos antecedentes, llamados Henot y Delaneau.

Careada con ellos, reconoció formalmente ser los que estaban con su hijo, en casa de éste.

Negaron ambos con energía y uno de ellos, Henot, alegó la coartada. — perentoria, de haber pruebas en su apoyo: — declaró que el mismo día del asesinato estaba preso en la cárcel de Blanc.

Era cierto.

Y sin embargo, la madre de Parang insistió en reconocerle: — « Él es, dijo, estoy segura, le reconozco por su cicatriz! »

No es esto horrible?

Véase esa pobre anciana que sólo piensa en llenar un deber, sin pasión, sin interés, á no ser el de la verdad, en la plenitud de sus facultades intelectuales, concedora de toda la gravedad de su deposición, y que sin embargo no vacila en acusarle, en pronunciar palabras que podrán ser mortales; — y cuando la indican su error, qué digo? cuando se le prueban, persiste todavía, — y si el acusado no hubiese tenido la suerte inesperada de probar, al cabo de cuatro años, de hacer evidente la coartada, su cabeza hubiera rodado al suelo ante la declaración de la viuda de Parang.

Por consiguiente Henot fué puesto en libertad. La equivocación de que estuvo á punto de ser víctima favoreció al acusado Delaneau, á quien la madre de Parang declaraba tambien reconocer como cómplice de su hijo. Aunque no tuvo medios de probar en regla la coartada, fué absuelto como Henot: me refiero aquí solamente á la acusación de asesinato; su complicidad en robos mas ó menos calificados les acarreo, á Henot treinta años de cadena, y cuarenta á Delaneau. La esposa de Parang fué sentenciada como encubridora á cinco años de cárcel.

Cítase en la acusación una respuesta chistosa de esta mujer.

Cuando contaba á su suegra cómo se habia organizado el robo y que su marido habia ido con los otros dos á dar muerte á la anciana de la calle de Geoffroy Saint-Hilaire: — Y vos, la dijo la viuda de Parang, qué haciais entre tanto? — Yo? — Rogaba á Dios que saliesen bien en su empresa.

Apresurémonos á abandonar esta atmósfera de presidiarios.

No sé si recordais una lindísima viñeta de Gavarni. Sus personajes son un mancebo y una jóven: la niña, de bata y chinelas, medio reclinada en un canapé: el jóven tambien en traje de mañana, borraja un papel sellado y pronuncia alto cada palabra que escribe: « Pagaré el primero de enero próximo á Mme Amanda la cantidad de francos tres mil, valor recibido... » Recibido? — Buenas y gordas!... en mercancías...

Cada día se firman pagarés de esta clase; pero cuántos se satisfacen sin discutir, sin tergiversar y de buen grado? Ah! señoras mías, no me lo preguntéis. Pobres mujeres, os asedian, llueven protestas y palabras formales, os prometen mil sacrificios, se pretende cubriros de diamantes y encajes, poseer los tesoros del Oriente para ponerlos á vuestros piés, todos los aromas de la creación para arrojarlos á vuestro paso. Pero aun somos jóvenes, aun estamos cortos de recursos; aun no somos dueños de nuestro patrimonio: le tendremos un día, y entonces se satisfará con usura la deuda. Os place, en tanto, aceptar una obligación? La quereis escrita, no con tinta, sino con sangre, con la sangre del que os ama, del que os amará eter-

namemente? Héla ahí, aceptadla, os la ofrecen de rodillas. Al fin cedéis, recibís el billete, le guardáis en la carpeta! Oh! es un pagaré de valor!

El tiempo vuela, deslízase los años, huyó el amor y con él se hubieran desvanecido las promesas si sus huellas no estuviesen grabadas en el papel. Llega el momento de cumplirlas. El suscriptor será fiel: seguirá los consejos de su conciencia, la voz de sus antiguos recuerdos... Que si quieres! Éste consulta á un legista, le exhibe la obligacion y preguntale si habrá medio de anularla. El legista, — sin oír mas que á una parte — cree comprender que la obligacion se basa en un fundamento falso y aconséjale el litigio.

Tal es la historia de la señorita Antonia H... con el conde de M... y la de la señorita Lucía P... con el vizconde de L...

Antonia H... es una linda trágica que los lectores parisienses han aplaudido muchas veces al par de la Raquel. Amó á un joven, oficial de ejército, que no tenia entonces, segun la espresion antigua, mas que su capa y su espada. Consagróle su vida, sacrificó su porvenir dramático. Cercóle de solicitud y cuidados, cuando estuvo herido y enfermo, y para poder continuar la vida comun, vendió todo su ajuar de teatro, la diadema de Isabel, los diamantes de Rosana, sus trajes de seda y terciopelo, sus *peplums*, sus túnicas de lana fina que la daban el aspecto de reina, de heroína, de diosa. Ébrio de agradecimiento á la que llamaba entonces su ángel tutelar, el joven se obligó á reconocerla una renta de cuatro mil francos. Su padre, conocedor del noble proceder de la señorita H..., salió fiador de su hijo. Pero llegó un día en que el conde de M... y la joven H... se separaron, y luego otro en que se trató del casamiento del conde. Entonces el padre y el hijo procuraron suprimir la renta que facilitaban á la señorita H... y acudieron á los tribunales en demanda de nulidad del acto en que aquella estaba consignada. Su intento se ha frustrado, amen de cargarse con las costas.

El pleito de la señorita Lucía P... nos obliga á fijar la memoria en épocas mas lejanas.

La señorita P... fué uno de los astros del teatro Feydeau. Estrenóse en 1822: su aparicion en la escena fué brillante. Desempeñó el papel de Rosina en el *Prisionero*, y el de José en los *Niños Saboyanos*, con un éxito que los periódicos de la época se apresuraron á consignar.

« Este triunfo, dice el *Diario de Paris*, no es el primero que la joven actriz debe á su mérito. Orfeo la convirtió en Amor antes que la Ópera. Cómica en una de sus gracias. La misma precisión de gusto, el mismo sentimiento del carácter dramático que, del salon de Euterpe llamó á la señorita P... al templo de Polimnia, ha puesto en evidencia á esta joven sacerdotisa para agruparla con las locas compañeras de su hermana. Es un trueque, bien entendido, al cual han servido de recompensa feliz estas dos hermanas: los dos teatros han obtenido con este cambio su digno lote de premio. »

Cuánta galantería! cuánto me place y me seduce ese boceto mitológico! Con qué delicadeza maneja el buril de Clio el *Aristarco* del *Diario de Paris*!

Luego continúa:

« La interesante Rosina nos ha traído á la memoria, ya que no toda ingenuidad de Mme Saint-Aubin, al menos mucho de ese talento natural, de ese amor ingenuo y sencillo que constituye el mérito de este papel. La voz de la señorita Lucía es fresca, flexible y de mucha mas estension de lo que creíamos. Su gusto y espresion, fruto innegable de las lecciones del Conservatorio, la prestan el mayor encanto: este gusto se hizo notar con especialidad en la romanza: *La piedad no es el amor*, que la señorita Lucía cantó

» como si se la hubiese enseñado Orfeo, á quien ella en otra época prestó nueva vida.

» El niño José estuvo encantador: las polainas, la marmota, el gorro de saboyano trataron en valde de disfrazar al amor: se le conoció en seguida. Entréguese norabuena ese amor á toda su jovialidad, á sus travesuras, etc... »

El bribon no se contentó con eso: si no que se entregó á un mancebo joven y gallardo, teniente de la guardia real, que se llamaba el vizconde de L...

Difícil y delicado seria precisar cómo el vizconde se vió obligado á aceptar letras de cambio por valor de 24,000 francos, procedentes de mercancías y giradas de Versalles. Si se ha de dar crédito al abogado Crémieux, no eran mas que el reconocimiento de un préstamo efectivo: segun el jurisconsulto Favre, al contrario, las letras de cambio no deben su origen sino á una obligacion temeraria, hija de una pasion ciega é impetuosa. Lo cierto es que de los 24,000 francos solamente 10,000 han sido satisfechos en treinta años, y que el vizconde de L... no ha tenido escrúpulo en seguir un litigio para eximirse del resto de la deuda.

Esto no es muy aristocrático!

Tampoco les pareció muy legal á los magistrados y condenaron al vizconde de L... ó por hablar con mas exactitud, á sus herederos, — porque aquel habia fallecido despues de entablada la demanda, — á pagar á la ex-cantante de Feydeau los 24,000 francos que reclamaba.

El foro está de luto en el momento en que escribo estas líneas: acaba de perder casi repentinamente á uno de sus hombres mas ilustres y queridos. Bethmon ha existido de dejado. Sólo conviene hablar de paso de ese jurisconsulto. El único sentimiento á que me es lícito hoy dar rienda es al del dolor profundo y universal, causado por su muerte prematura.

PETIT JEAN.

CRÓNICA MUSICAL.

TEATRO-ITALIANO: *Il Crociato*, ópera en tres actos de Meyerbeer

Conozco algunas jentes, — mal informadas, sin duda, en asuntos de historia musical, — á quienes la aparicion del nombre de Meyerbeer en los carteles del Teatro-Italiano ha causado una sorpresa que casi rayaba en estupefaccion. Algunos se entregaban los ojos en presencia de lo que ellos creían un contra-sentido absurdo, una tosca ironía, ó cuando menos, una simple errata, un yerro de imprenta.

« Como! y es el autor de los *Hugonotes*, el discípulo del abate Vogler, el émulo y el continuador de Weber, el representante mas celebrado y aplaudido de la escuela alemana, el que ha firmado *Il Crociato*, es decir, una partitura italiana si las hay?... »

Pues bien! sí, es demasiado cierto. Meyerbeer, al principio de su carrera, tuvo la desgracia de no emprender la ruta que le indicaba la naturaleza de su talento y de sus estudios; su musa se desposó en primeras nupcias con el arte italiano (como se decia todavía en la época en que compuso *Il Crociato*), y de este enlace poco adecuado nació una serie de partituras mezquinas, á las cuales el olvido habia hecho completa justicia. A aquella época pertenecen *Romilda e Constanza*, *Emma di Resburgo*, *Margherita d'Angiú*, *Esule di Granata*... y otros varios ensayos cuyos nombres no recordamos, pero cuya huella se encontraría tal vez rebuscando en la biblioteca del Conservatorio.

Hasta el año de 1831, época en que apareció con tanta gloria *Roberto el Diablo*, Meyerbeer se buscó á sí mismo, pero no logró encontrarse; tenia como un presentimiento de su gloria futura,

sabia que estaba destinado á hacer un gran papel y, para apresurar la realizacion de su destino, creyó que debia abrazar la doctrina italiana. Pero este partido le fué fatal; perdió muchos y sus mas bellos años queriendo en vano luchar contra el invencible Rossini.

Apenas queda hoy ya sino solo *Il Crociato* de aquel período de la vida del maestro. Esta ópera, escrita en el estilo italiano, puede ser considerada sin embargo, y hasta cierto punto, como la transicion entre la primera y la segunda escuela de Meyerbeer. Con la partitura en la mano, se podria notar mas de un pasaje en que el pensamiento del autor reviste una nueva forma, síntoma de un próximo cambio de sistema. La crisálida se trasformaba en mariposa.

Así, la escena de la prision, de un efecto mágico, el final del segundo acto, orquestado con tanto vigor, y toda la parte recitada, la cual se halla tratada en general con un profundo sentimiento dramático, tienen, en cuanto á su forma, cierta semejanza de familia con algunas páginas de los *Hugonotes* y del *Profeta*. Esta semejanza es evidente y ha sido notada por todos. Seria aun curioso averiguar de qué modo Meyerbeer, haciendo un postrer sacrificio al arte italiano, se emancipaba poco á poco, y tal vez sin saberlo él mismo, de las trabas voluntarias que impusiera á su talento.

Il Crociato contiene este elemento de curiosidad, lo que quiere decir que su música lleva el sello de la hesitacion y de la languidez, y que se advierte en ella á la vez la violencia, el esfuerzo y tambien el desaliento. Sin embargo, nótese en ciertos momentos que despierta la inspiracion del compositor, y vése surgir, despues de un caos de notas inesplicables, la cavatina de la señora Borghi-Mamo, el terceto del segundo acto, el coro de las sultanas, y el de hombres, el cual ha llegado á ser muy célebre, y figura hace mucho tiempo en el repertorio de las bandas militares, á título de paso redoblado.

La representacion de *Il Crociato* ha sido en extremo satisfactoria; la señora Borghi-Mamo fué muy aplaudida en su cavatina; la señora Penco, á quien se ha hecho cantar mucho este invierno, pero sin haber llegado á cansarla, desempeña el papel de Palmida y le consagra todas las fuerzas de su gran talento dramático.

En cuanto á la señora Alboni, se ha dispuesto todo de tal manera que apenas ha tenido que cantar casi nada; por el contrario, se ha utilizado la voz del señor Merly, tanto mas bella cuanto que la habia dejado descansar todo el invierno.

Referirémos ahora el argumento de la pieza?... Seria necesario para esto, en primer lugar, que hubiese realmente una pieza; ahora bien, habiéndonos afirmado un Italiano que el autor del libreto se habia complacido en reunir todos los absurdos imaginables, — sin duda para hacer resaltar mas el mérito del compositor, — nos ha bastado este informe, considerándonos muy felices (esta vez solamente) por haber descuidado el estudio de la lengua italiana.

Hablaremos del aparato escénico de la pieza?... Oh! qué materia tan gr tesca para tratarla! Es lástima que no podamos invadir las columnas consagradas á otros asuntos, y que no se nos permita prolongar el espacio de trescientas á cuatrocientas líneas que nos está concedido! Sin embargo, no podemos menos de señalar particularmente á los aficionados á parodias y á caricaturas teatrales estos buenos egipcios del tiempo de las Cruzadas, quienes, en el segundo acto de *Il Crociato*, — ópera muy seria, — llegan al escenario tocando *instrumentos de Sax*, premiados en la esposicion universal de 1855. Todo lo demás se halla á la misma altura.

Il Crociato in Egipto se estrenó en Venecia en 1824, representándose en París el año siguiente por Levasseur, Donzelli y la Pasta.

ALBERT DE LASALLE.

M. BETHMONT.

El domingo 1º de abril sucumbió, á las seis de la tarde, M. Bethmont á la cruel enfermedad cuyos terribles progresos seguian con ansiedad su familia, sus numerosos amigos y todo el colegio de abogados de París.

Eugenio Bethmont nació en esta capital el mes de mayo de 1804, inaugurando su carrera de abogado á fines de la Restauracion y á la edad de veintitres años.

Sus triunfos oratorios y su reputacion de hombre de bien le señalaron á los sufragios de los electores del 8º distrito, quienes en 1842 le confiaron el encargo de representarlos en la Cámara.

Electo despues diputado por La Rochela, tomó asiento en el Palacio-Borbon hasta 1848. Recibió del gobierno provisional la cartera del Comercio y de la Agricultura, cediéndola algun tiempo despues á M. Flocon, para tomar la de Justicia y de Cultos.

Nombrado miembro del Consejo de Estado, despues de dar su dimision de representante, desempeñó sus funciones hasta el 2 de diciembre de 1851.

M. Bethmont volvió á ocupar entonces su puesto en el foro, colocándole en primera línea la elevacion de su pensamiento y su elegante palabra. Su benevolencia, su probidad política y su pundonor, á cuyas relevantes prendas han tributado homenaje todos los partidos políticos, aun en los momentos en que la obcecacion de las pasiones impidietoda apreciacion justa, presentan á Eugenio Bethmont como un hombre de raro mérito, cuya memoria conservarán religiosamente sus amigos, y un gran ciudadano de quien todos guardarán siempre el mas grato recuerdo.

MAXIMO VAUVERT.

La traduccion del *Mundo ilustrado* se hace bajo la direccion del conocido escritor D. J. Segundo Florez.



M. Bethmont, antiguo ministro de Justicia, antiguo gefe del colegio de abogados, segun una fotografia de Nadar.



Pesca del arenque.

LOS PERFUMES. — Tal vez nos agradecerán nuestras lectoras que las demos á conocer de dónde provienen esos perfumes que guardan en frasquitos de graciosas formas, adornados con tanto gusto, guardados con tanto esmero en lujosos estuches, y que ellas depositan con una negligencia llena de arte en los muebles de sus cuartos de tocador. Se sacan los perfumes principalmente del mediodia de la Francia, y del Piemonte, en particular de Montpellier, de Grasse, de Nimes, de Cannes y de Niza. Estos dos últimos puntos son especiales para la violeta y suministran anualmente trece mil libras. Niza produce además cien mil libras de azahar, y Cannes casi otro tanto y muy perfumado. Quinientas libras de azahar dan dos libras próximamente de *nroli* puro. Llámase *nroli* la esencia de azahar inventada por la princesa Nerola.

En Cannes se da la acacia admirablemente: tiene una florescencia muy abundante que la hace dar nueve mil libras de flores por año. En Cannes hay una perfumeria que emplea para sus destilaciones ciento cuarenta mil libras de rosas, treinta y dos mil de jazmin, veinte mil de violetas, ciento cuarenta mil de azahar, veinte mil de flores de acacia y otras muchas flores, como tambien plantas aromáticas de esquisito perfume. La extraccion de los aceites esenciales es una operacion muy deli-

cada: en efecto, es necesario nada menos que seiscientas libras de rosas para obtener una onza de esencia libre de todos los elementos estranos que alteraban su pureza. Los Franceses favorecidos por su clima son los mas activos, sinolos mas cuidadosos destiladores de perfumes, y sus productos, solicitudes en todo el globo, se espor tan para el mundo entero.

CORRESPONSALES DE ULTRAMAR.

| | |
|-----------------------------|--------------------------------|
| AREQUIPA | D. Manuel G. de Castresana. |
| ARICA | Sres. Calmann y Riobó. |
| BOGOTÁ | D. Rafael Mogollon y Guzman. |
| Buenos-Aires | D. Federico Real y Prado. |
| CARACAS | Sres. Frias, hermanos. |
| CARTAGENA | Sres. Rojas, hermanos. |
| COBUIA | D. Joaquin F. Velez. |
| COLON | Sres. L. Durandeu y Compañia. |
| GUATEMALA | D. Joaquin B. Donalizio. |
| GUAYAQUIL | D. Pablo Blanco. |
| GUAYAMA | D. Luis Abadie. |
| HABANA | D. Narciso Daussá. |
| LA PAZ | Sres. Charlain y Fernandez. |
| LIMA | D. José Herrero. |
| MÉJICO | D. Benito Gil. |
| MENDOZA | P. Bailly. |
| MONTEVIDEO | Sres. José Macias é hijo. |
| PANAMÁ | Sres. Maillefert y Comp. |
| PUERTO RICO | D. F. Civit. |
| ROSARIO | D. Teodoro Reissig. |
| SAN FRANCISCO | D. Federico Real y Prado. |
| STA. MARTA | D. José M. Aleman. |
| SANTIAGO DE CHILE | D. José M. Sanchez Enriquez. |
| SAN TOMAS | D. Ignacio Guasp. |
| TACNA | Federico Reissig. |
| TAMPICO | M. Biesta. |
| VALPARAISO | D. José A. Barros y Comp. |
| VERACRUZ | D. Pedro Yuste y Comp. |
| | Libreria agencia del Mercurio. |
| | D. Ramon Morel. |
| | D. Luis Guasp. |
| | D. Clemente Bartibas. |
| | D. A. Gutierrez y Victori. |
| | D. Santos Torno y Comp. |
| | D. Nicasio Ezquerria. |
| | D. José Perez Anguita. |
| | D. Juan Carredano. |

Paris. — Imp. de la Librairie-Nouvelle .A. Bourdilliat, 15, rue Breda.